

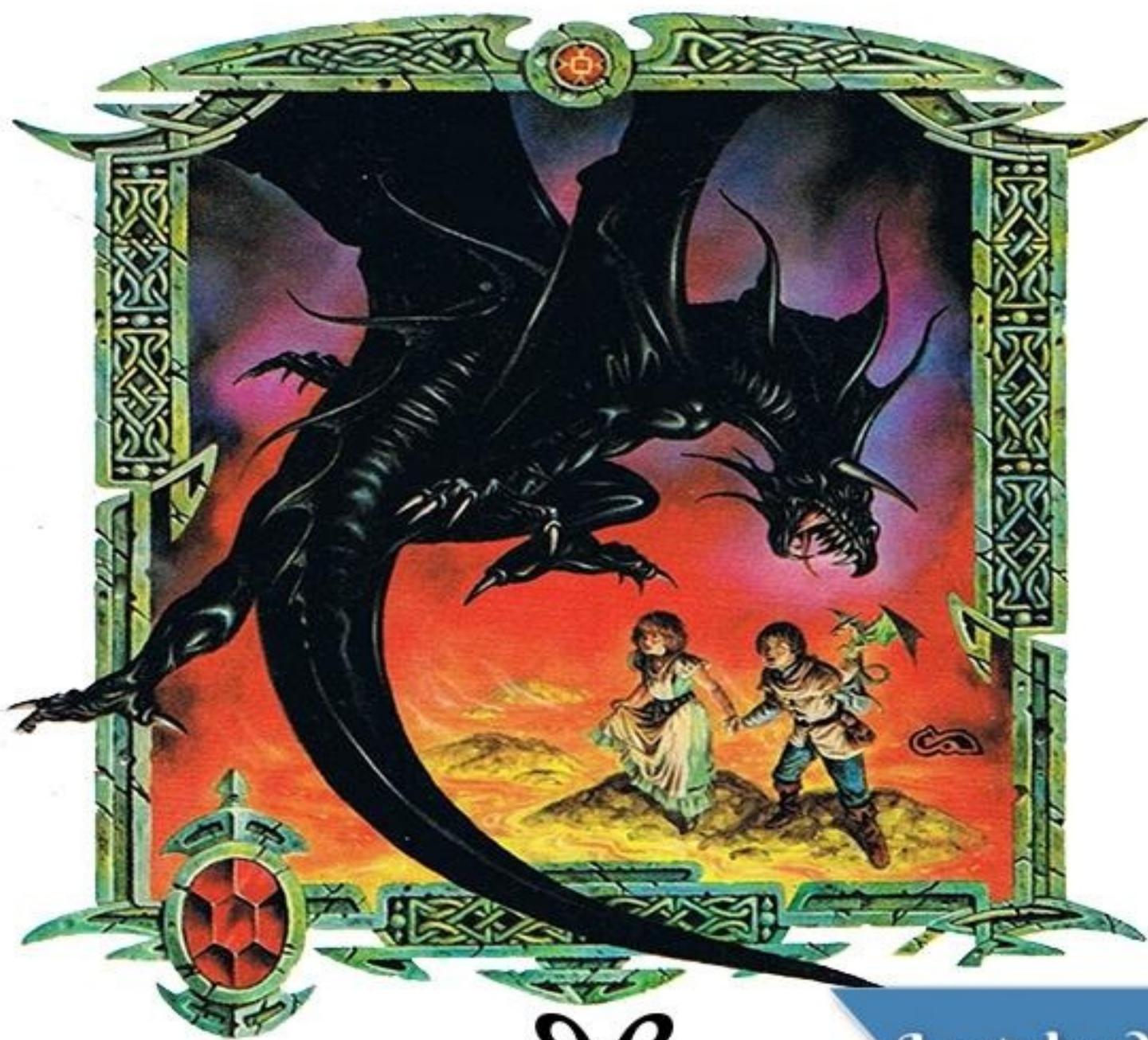
DUNGEONS & DRAGONS®

AVENTURA SIN FIN

Tú eres el héroe de la aventura
enfrentate con dragones y espíritus malignos.
De tus decisiones depende tu supervivencia.

El Dragón Negro

Rose Estes



de

Lectulandia

Eres Morgan, un joven mago al que el venerable Consejo de los Nueve ha citado con urgencia. Si bien no conoces el motivo de la misteriosa cita, tienes la esperanza de que hayan decidido confiarte tu primera misión importante.

Los caminos que elijas pueden llevarte al éxito... o a la muerte. ¡Sólo tú podrás decidir si debes advertir al Consejo de los Nueve o detener personalmente a tu tío Zed en su vengativo intento de producir el Apocalipsis, con la ayuda del Dragón Negro!

¿Lograrás escapar de una muerte segura a manos de un amenazador gigante antropófago?

¿Conseguirá Zed poseerte y convertirte en un mago perverso a su servicio?

¿O serás cautivo del Gran Dragón sea cual sea tu respuesta a su malintencionado acertijo?

Lectulandia

Rose Estes

El dragón negro

D&D Aventura sin fin: Cubierta negra - 07

ePub r1.1

Titivillus 18.07.2017

Título original: *Dragon of doom*
Rose Estes, 1983
Traducción: Horacio González Trejo
Ilustraciones: Harry Quinn
Diseño de cubierta: Clyde Caldwell

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a Sabrina,
Kimberley, Brad y Craig

¡ATENCIÓN!

Este libro pertenece a la colección «AVENTURA SIN FIN», de «DUNGEONS & DRAGONS®». Entre sus páginas encontrarás la emoción de vivir muchas aventuras en tierras y reinos fantásticos, poblados de dragones, orcos, *halflings*, elfos, magos, etc...

Puedes leer el libro muchas veces y llegar a distintos finales, de modo que si tomas una decisión imprudente que te conduce a un fatal desenlace, retrocede al principio y comienza de nuevo.

Este relato contiene muchas elecciones: las hay sencillas, sensatas, temerarias... e incluso muy peligrosas. Estas elecciones las encontrarás siempre al final de las páginas.

Las páginas que no tengan elecciones debes leerlas normalmente, o sea, seguidas. Además, al final de cada libro encontrarás una relación y descripción de todos los seres extraños que aparecen en el relato.

Recuerda, tú eres quien toma las decisiones, tú eres el héroe y en tus manos está tu propia supervivencia.

EL gran dragón se agita sin cesar en su letargo, tratando de hacer caso omiso a la voz que le habla. El oro, la plata y las joyas acarician su cuerpo a medida que se acomoda más aún en su enorme montón de tesoros. Pero el mensaje sigue resonando en su mente: «Ven a mí, te lo ordeno, ¡oh Shen!, Gran Dragón Negro. He pronunciado las palabras secretas y debes cumplir mis órdenes. Ven y tendrás muchas más riquezas de las que puedas imaginar. Me vengaré del mundo y mi arma eres tú. Ven a mí ahora».

Un inmenso ojo dorado se abre lentamente. Negras escamas ondulan por todo el cuerpo del enorme dragón cuando se mueve. El mensaje se repite una y otra vez en su mente, convocándole, ordenándole, exigiéndole.

Shen sacude su impresionante cabeza negra y se arrastra a través de la cálida y oscura caverna donde ha dormitado durante los últimos cuatro siglos. Parpadea fatigado, se mago al que el venerable Consejo de los Nueve acaba de citar con urgencia. Aunque no conoces los motivos de la misteriosa cita, tienes la esperanza de que hayan decidido confiarte tu primera misión importante.

Pero antes debes compartir tus pensamientos con los de alguien... o, mejor dicho, con los de una criatura muy grande, muy siniestra y muy aterradora...

L gran dragón se agita sin cesar en su letargo, tratando de hacer caso omiso a la voz que le habla. El oro, la plata y las joyas acarician su cuerpo a medida que se acomoda más aún en su enorme montón de tesoros. Pero el mensaje sigue resonando en su mente: «Ven a mí, te lo ordeno, ¡oh Shen!, Gran Dragón Negro. He pronunciado las palabras secretas y debes cumplir mis órdenes. Ven y tendrás muchas más riquezas de las que puedas imaginar. Me vengaré del mundo y mi arma eres tú. Ven a mí ahora».

Un inmenso ojo dorado se abre lentamente. Negras escamas ondulan por todo el cuerpo del enorme dragón cuando se mueve. El mensaje se repite una y otra vez en su mente, convocándole, ordenándole, exigiéndole.

Shen sacude su impresionante cabeza negra y se arrastra a través de la cálida y oscura caverna donde ha dormitado durante los últimos cuatro siglos. Parpadea fatigado, se asoma al mundo que dejó atrás y lo encuentra inalterado.

Lentamente el dragón despliega sus enormes alas y estira los músculos de su macizo cuerpo. Abriendo la boca, Shen deja escapar una llamada que chamusca la tierra.

—No está bien que sea yo quien deba servir al hombre, y a sus mezquinas intenciones —dice Shen con voz cavernosa—. El hombre debe servirme *a mí*, yo soy Shen, el Dragón Negro. Soy el último de mi especie en todo el universo. Donde yo estoy, anida la muerte. ¡Soy supremo! ¡Soy Shen!

Entumecido por la edad y por el largo sueño, el dragón extiende sus enormes alas y alza el vuelo, cumpliendo las órdenes del mensaje. El cielo se ennegrece a su paso y donde su sombra se proyecta, la vida desaparece. Se extiende el rumor de que Shen, el Dragón Negro, está asolando otra vez la región.

[Pasa a la página ocho.](#)

Estás ante el Consejo de los Nueve y apenas logras controlar tu emoción, cargada de incertidumbre.

—Morgan —dice con voz trémula Fazad, el miembro más anciano del Consejo —, te hemos llamado para proponerte una misión de gran importancia. Hace novecientos noventa y nueve años tu venerable antepasado Zed el Celoso, Mago Supremo y miembro del Consejo de los Nueve, fue desterrado al Monte Bald en castigo por practicar hechizos prohibidos. Pronto concluirá su período de arrepentimiento. Eres su pariente vivo más cercano y también nuestro mago más joven. Queremos, por tanto, que vayas al Monte Bald para acompañarlo en el camino de regreso. ¿Qué respondes?

Se te seca la garganta, y el corazón te palpita frenéticamente. Resuenan en tu mente las palabras de tu madre en su agonía: «Morgan, tienes que hacer todo lo que esté a tu alcance para ayudar a tu tío. Recuerda que tienes la suerte de poseer unseudodragón. Trátalo bien. Comparte con él tus pensamientos y él compartirá contigo su sensatez. Nunca pienses que sólo es un dragoncillo capaz de transmitir sus pensamientos. Algún día podrá contribuir a borrar la mancha negra que, desde hace años, pesa sobre nuestro linaje...».

—Honorables señores, será un honor —replicas.

Das un paso al frente y se te enreda el bastón entre las piernas. Con gran dificultad recuperas el equilibrio.

—¿Estás bien, joven Morgan? —pregunta un miembro del Consejo.



—S-sí, señor —respondes, ruborizado—. A veces soy un poco torpe.

—A veces hasta te caes encima de mí —emite irónicamente una mente cercana mientras ocho pequeñas uñas puntiagudas se te clavan en el hombro.

—¿Puede acompañarme Hinoki?

—¿El pequeñoseudodragón? —pregunta el Barón Beta—. No veo ningún inconveniente, siempre que no obstruya tu misión. El día de la liberación de Zed está próximo. Es muy importante que estés allí cuando se levante la Barrera del Tiempo. No estaría bien que Zed pensara que lo hemos olvidado. Preséntale nuestros saludos y dile que aguardamos su retorno con alegría. También debes entregarle su Anillo de los Deseos, que hemos mantenido hasta ahora a buen recaudo.

Coges con delicadeza el Anillo de los Deseos, haces una reverencia ante el Consejo y sales de la cámara procurando no tropezar más.

—¡Siempre que no obstruya tu misión! —piensa burlescamente Hinoki—. ¿Quién creen que te mantiene en pie casi todo el tiempo?

—Venga, Hinoki, no soy tan torpe —observas a la criatura, que tiene el aspecto de un dragón rojo en miniatura.

—Tampoco eres tan habilidoso. ¿Te acuerdas cuando yo todavía estaba en el cascarón? ¡Te caíste encima y estuviste a punto de aplastarme!

—¡Oh, Hinoki! Ya me he disculpado por eso un millón de veces. ¡Fue un accidente!

—Está bien. De todos modos, me gustas. No estás tan mal para ser un humano —piensa Hinoki y te mordisquea la oreja con sus agudos diente-cillos—. ¿Cuándo partimos?

—A primera hora de la mañana. En realidad, ni siquiera sé dónde está el Monte Bald. Todo lo que sé es que queda hacia el norte.

—Supongo que conseguirás un mapa, ¿verdad?

—Por supuesto. No creerás que partiré en una dirección aproximada, ¿no? Bueno, no respondas.

—Nunca te preparas lo suficiente —afirma Hinoki—. Deberías hacer tus planes con más antelación para reducir al mínimo las posibles sorpresas desagradables.

—Pero eso es muy aburrido —comentas—. Como sabes, ya soy mago. Tengo una gran intuición y siempre sé qué es lo mejor en una situación complicada. Cualquiera es capaz de guiarse con un mapa. Yo prefiero mis propios métodos.

—Serás un mago, pero permíteme recordarte que acabas de graduarte. Aún no sabes todo lo que hay que saber.

—¡Conozco lo más importante! En los exámenes escritos me dieron un sobresaliente. Además, tengo el Anillo de los Deseos de mi tío Zed.

—Supongo que no pensarás usarlo —se horroriza Hinoki.

—No lo usaré si no es indispensable —respondes.

—Es demasiado poderoso para ti. ¡Tu tío se pondría furioso si lo usaras!

—Me comprendería —replicas, aunque no estás tan seguro.

A primera hora de la mañana siguiente, con la hierba todavía cubierta de rocío, tú e Hinoki salís del castillo en dirección norte, hacia el Monte Bald.

El trayecto transcurre sin incidentes hasta la mañana del tercer día.

—Ya tendríamos que haber divisado ese monte —piensa Hinoki—. Volaré hasta lo alto de aquella loma y echaré un vistazo.

—Eres tan pesado como una madre —gruñes—. Se supone que soy yo quien está a cargo de la expedición. ¡Iré contigo! —pasando por alto las protestas de Hinoki trepas a lo alto de un montículo rocoso—. Tiene que ser ése —señalas un pico negro que se divisa entre la fría bruma—. ¡Qué aspecto más inhóspito! Apuesto a que el tío Zed se alegrará de verme.

—Cuidado al bajar —te advierte Hinoki.

—Deja de fastidiarme. Sé hacer las...

Una piedra se desprende bajo tu pie y resbalas. Desesperadamente intentas recuperar el equilibrio. Demasiado tarde, ves la gran roca negra que se eleva ante ti, sientes un mareo y el resto del mundo desaparece.

—¡Morgan! ¡Despierta, Morgan! —sientes en tu mente y ves un minúsculo punto de luz muy borroso, que lentamente se agranda al tiempo que la voz se torna más audible—. ¡Morgan! ¡Despierta! Cuando lleguemos, la Barrera del Tiempo se habrá levantado —insiste la voz.

Aún adormilado sientes de nuevo las palabras e intentas descifrar su significado. Moverte es demasiado dificultoso y quizá te convenga reposar.

—Si no te incorporas te dejaré solo y seguiré adelante por mi cuenta. ¡No me culpes si los lobos te devoran!

¿Que te devoren los lobos? Eso no te parece nada divertido. Abres lentamente un ojo y notas que Hinoki te observa atentamente.

—Creí que esta vez habías logrado matarte, —piensa el seudodragón—. Vamos, o te incorporas o me marchó. Hemos perdido demasiado tiempo gracias a tu *inteligente* manera de descender por una pendiente.

—Creo... creo que me desvanecí con el golpe —conjeturas mientras te palpas un enorme chichón en la cabeza que te duele mucho—. ¿Cuánto tiempo estuve sin conocimiento?

—Todo el día y toda la noche —Hinoki te frota la mejilla con el morro—. Me asusté mucho. Pensé que podías haber fallecido.

—¿Tanto tiempo? ¡En marcha! ¡Tenemos que seguir nuestro camino! Si no nos detenemos en toda la noche llegaremos antes de que la Barrera del Tiempo se levante.

Aunque caminas tan rápido como tus piernas te permiten, sabes que llegarás con retraso.

—¡Mira, Hinoki! ¡Humo! —exclamas, señalando una gran nube de humo negro que cubre el cielo norteño.

A lo largo del día aparecen diversas y siniestras señales. Pájaros muertos, y con el plumaje sucio por el grasiento humo negro, cubren el terreno. Después, observas que

otros animales pequeños como ratones, culebras, conejos..., también tienen el cuerpo calcinado.

—Esto no me gusta nada —murmuras—. Hinoki, ¿recibes algún pensamiento?

—Pánico. Sufrimiento. Muerte —responde nervioso tu seudodragón.

—Si sincronizamos nuestras mentes seremos doblemente poderosos. Probemos a ver qué descubrimos. Tal vez mi tío Zed esté herido.

Te sientas en una enorme roca, posas a Hinoki en tus rodillas y unes tu mente a la suya. Serenas los latidos de tu corazón y respiras simultáneamente con el seudodragón mientras miras profundamente en sus ojos dorados.

Gradualmente te envuelve una sensación de ingravidez, y entras en estado *de trance*. Tus negras pupilas se agrandan hasta que ves una figura menuda acurrucada en el suelo. Te encoges ante el sufrimiento y la imagen se desvanece.

—¿Lo has visto? ¡Es el tío Zed y está malherido! Tenemos que llegar allí lo más rápido posible. ¡Ha ocurrido algo terrible! —exclamas.

Durante el resto del día y la noche siguiente sigues andando con el temor como constante compañero.

—Si le ha ocurrido algo a tío Zed el Consejo nunca me lo perdonará —piensas.

Hinoki permanece durante todo el tiempo, extrañamente callado.

En la mañana del quinto día llegas a un puerto de montaña y observas una destrucción inimaginable. El Monte Bald se eleva ante ti, arrasado y ennegrecido, como si sobre ella hubieran caído todos los rayos del mundo. Los bosques están calcinados y los pocos árboles que quedan, humean en la bruma. Hay rocas destrozadas, como si hubieran sido golpeadas con un gigantesco martillo. En algunos lugares el terreno está agrietado y por las grandes aberturas se observan piedras fundidas que desprenden burbujas y vapor.



—Quizá esté vivo todavía —susurras mientras avanzas rápido por los desolados parajes.

Siguiendo un estrecho y serpenteante sendero asciendes hacia una brecha en la montaña. Te abres paso entre los escombros, entras en una profunda cueva, y te acercas a una pequeña figura arrugada y quebrantada que está echada sobre el frío suelo de piedra.

—¡Tío Zed! —gritas mientras le vuelves suavemente la cara.

—No —murmura el hombre—. No soy Zed. Sino Cycas. Era el siervo de Zed.

—¿Qué ocurrió? ¿Se encuentra bien Zed? ¿Sigue vivo? —inquieres con tono cada vez más apremiante.

—¿Vivo? Sí, está vivo —jadea el hombre y suelta una risilla ahogada.

—¿De qué te ríes? ¿Qué ha sido de mi tío? He venido a buscarlo para llevarlo al reino. Pronunciarán discursos y le restituirán sus honores. ¡Dime qué le ha ocurrido!

Una terrible mueca se dibuja en el rostro del sirviente mientras una carcajada silenciosa sacude su cuerpo.

—¿Así que le han perdonado? Sospecho que ya es demasiado tarde. ¿Creyeron realmente que se tomaría a la ligera su destierro? Zed no es de éstos. Apeló a todas sus artes mágicas para convocar a los poderes tenebrosos y ordenarles que le ayudaran a vengarse.

—¡Vengarse! ¿De qué venganza estás hablando? ¡Ha sido perdonado!

—Vosotros podéis haberle perdonado, pero él no ha perdonado a quienes lo desterraron. Pagarán muy caro lo que le han hecho —refunfuña Cycas.

—¿Qué piensa hacer? —preguntas.

—Shen —resuella Cycas.

—¿Shen, el Dragón Negro? No es posible —dices—. Shen sólo es un mito inventado para asustar a los niños.

—Shen hará mucho más que asustar a los niños —murmura Cycas—. Es algo más que una fábula. Es un ser real y se está aproximando. Zed descubrió el hechizo para convocar a Shen. Prometió que yo me salvaría y sería su mano derecha. Me habría recompensado... pero el hechizo era demasiado fuerte. Ojalá viviera para verlo: el Apocalipsis... —Repentinamente Cycas sufre un ataque de tos, sujeta tu brazo y susurra—: No llegarás a tiempo. Has venido demasiado tarde... se ha ido hacia el norte, al encuentro del dragón.

Cycas da su último suspiro y expira. Lo apoyas suavemente en el suelo.

—Estaba delirando. Mi tío Zed jamás haría algo tan horrible. ¿Qué quiso decir con esas tonterías acerca del Dragón Negro? —preguntas mientras te incorporas.

—No eran tonterías. Shen es el dragón del destino siniestro. Cada vez que reaparece hay muerte y desolación a su paso. Mueren millares de personas. Reinos enteros sucumben a su paso. No sólo muere gente, sino animales, aves, reptiles, todo lo que camine, respire, nade o vuele. Todo lo que está vivo, perece.

—Yo creía que era un mito.

—El Consejo prefiere dejar las cosas así, permitiendo que todos supongan que sólo se trata de un mito. Pero un dragón al que conocí fugazmente me habló de Shen. Este solía asolar la región siempre que podía, pero finalmente el Consejo unificó todos los reinos y mandó decapitar a los magos malignos que conocían el hechizo. Después hicieron una hoguera con todas las copias que encontraron del hechizo. Creyeron que así Shen dormiría eternamente. Parece que tu tío ha vuelto a descubrir el hechizo y convocó a Shen como instrumento de su furiosa venganza.

—Sigo pensando que es una historia ridícula, pero supongo que debemos hacer algo.

—¿Por ejemplo? —pregunta Hinoki.

[Antes de tomar una decisión, pasa a la página 25.](#)

- [—Creo que deberíamos ir a buscar a tío Zed. Entonces comprobarás que estás equivocado. Si ésta es tu decisión, pasa a la página 143.](#)
- [—No sabemos a dónde ha ido tío Zed, y tal vez cuando lo encontremos sea demasiado tarde. Me parece que deberíamos volver a presentarnos ante el Consejo y dejar que sus miembros tomen una determinación. Si ésta es tu elección, pasa a la página 71.](#)

—Arriba. Hmm... Ya hemos descendido bastante. Creo que debemos abrir esta puerta; tengo la esperanza de que nos llevará arriba —dices.

—Tu razonamiento es sensato —coincide Hinoki—. No parece ser una trampa de Zed. Adelante, Morgan.

La puerta se abre fácilmente al contacto, y te encuentras en un ancho pasillo, someramente pavimentado y de techo alto. Más adelante el camino empieza a ascender, tanto, que parece imposible subir por él. Todavía inseguro, aleteas y te elevas en el aire. Con Hinoki a tu lado sigues el trayecto, preguntándote a dónde conduce.

Te duelen ya los hombros por el esfuerzo de volar y la meta no aparece. El conducto se prolonga; parece ser infinito. Te arden los músculos y sabes que no resistirás mucho más.

—Morgan, no puedes detenerte ahora —piensa Hinoki—. ¡Tienes que seguir adelante! Detenerte sería fatal. Si abandonas ahora, la muerte es casi segura.

—Hinoki, no puedo... no aguanto más... no puedo continuar —jadeas.

—¡Mira hacia adelante, Morgan! El túnel parece bifurcarse. ¿Lo ves?

Tienes la boca seca y la visión borrosa; concentras todas tus energías para mantenerte en el aire. Ni siquiera puedes responder a Hinoki, pero prosigues volando en un último esfuerzo.

—¡Morgan! ¡Cuidado! ¡Tus alas no se mueven sincronizadamente!

Empiezas a zigzaguear.

—¡Morgan, enderézate! ¡Caes en barrena!

Te concentras más intensamente, como nunca lo habías hecho hasta ese momento, tratando de ver tus alas. Bloqueas mentalmente el dolor y el agotamiento, concentrándote en respirar rítmicamente y en lograr que tus alas funcionen como es debido.

—¡Bien, Morgan! —sientes a lo lejos el pensamiento de Hinoki—. ¡Lo lograremos! Falta muy poco.

Súbitamente el túnel llega a su fin. A un lado ves una sala, con otro túnel de salida. Aterrizas y suspiras aliviado.

[Pasa a la página 148.](#)

Tus ojos se adaptan progresivamente a la tenue luz. Estás en un largo pasillo de techos altos, con paredes y suelo de piedra. En las paredes, a la izquierda y a la derecha, hay nichos que contienen toneles y urnas de cerámica, llenas de brillantes piedras preciosas y monedas de oro. Al otro extremo del pasillo observas un gran cofre de madera sencilla, sin ornamento alguno. En el pasillo no parece haber puertas ni ventanas.

—¿Qué es esto? —preguntas.

—No lo sé —piensa Hinoki—. También yo soy forastero aquí.

—¿Qué debo hacer? Aparentemente este lugar no tiene salida.

—Estoy seguro de que hay una salida, aunque no la veamos.

—¿Quieres decir que puede haber trampillas?

—Muy inteligente. Captas la situación al instante.

- Si decides usar el Anillo de los Deseos para averiguar si hay trampillas, pasa a la página 132.
- Si no crees, en realidad, que haya ninguna trampilla y decides registrar los toneles y las urnas llenos de tesoros que hay en los nichos del pasillo, pasa a la página 99.
- Si prefieres recorrer el pasillo y examinar el sencillo cofre de madera que hay en el otro extremo, pasa a la página 50.



—Morgan, presta mucha atención durante un minuto. El burbujeo es rítmico, parece seguir una pauta definida —razona elseudodragón.

A través de su mirada fija, percibes que otra burbuja se agranda progresivamente hasta estallar. Sigues observando, mientras, que una burbuja tras otra se hinchan y estallan.

—Hmmm. Si hacemos los cálculos correctos, probablemente logremos pasar —murmuras.

Una vez más, tú y Saffron os abríis paso por el horrible sendero. Agachado, con las plantas de los pies cada vez más calientes, esperas a que estalle la siguiente burbuja y cruzas las rocas muy deprisa.

Al llegar al otro lado Saffron resbala y se tambalea, tratando de recuperar el equilibrio. No sabes si tocarla, temes acabar desequilibrándola, contienes la respiración hasta que hace pie y se detiene con firmeza en la roca. Si bien está pálida, te mira fijamente y dice:

—No te quedes aquí como un inútil. ¡Muévete!

Poco después llegas al pie de la isla. El alivio se transforma en desconcierto al ver la negra roca que se eleva por encima del embravecido mar de lava. Aunque el camino termina en su base, no parece que se pueda subir por su resbaladiza superficie.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntas en voz alta.

—Sea lo que sea, debemos hacerlo rápido —piensa Hinoki—. La lava parece acercarse por momentos.

—Es como una marea creciente. Mira —dice Saffron.

Te vuelves y observas su falda. Con gran horror descubres que tiene el borde chamuscado y humeante. Siguiendo la dirección en que apunta el dedo de Saffron, ves que la lava casi ha llegado a lo alto de la roca en que te apoyas. Algunas rocas están completamente sumergidas bajo la masa ardiente. Es indudable que el nivel crece regularmente.

- —Quizá queda un deseo en el anillo de Zed. Podríamos tratar de aprovecharlo. [Pasa a la página 21.](#)

- —Aunque me repugna, podría usar el hechizo de la araña trepadora. Pasa a la página 33.

El gran dragón vuela, y a su paso se forman nubes negras, mientras la tierra se estremece. Elevados picos montañosos existentes desde el principio de los tiempos, empiezan a desmoronarse sobre los valles adyacentes. Por los grandes volcanes secularmente inactivos, descienden ríos de lava que despiden nubes venenosas; tormentas torrenciales diluvian sobre esos parajes.

La criatura es indiferente al caos, pues se trata de Shen, el Dragón Negro, y es obvio que la destrucción es la huella de su paso.

Pero Shen que siente el frío viento en sus escamas, adelgazadas por la edad, llora por la pérdida de su resguardada y oscura cueva.

—¿Quién es el mortal que se ha atrevido a convocarme? —ruge. ¿Por qué no me dejó en paz? Yo no perturbé su sueño. ¿Por qué ha alterado mi reposo? ¿Qué pretende? ¿Riquezas? ¿Poder? Eso es lo que quiere el hombre.

El dragón escupe un relámpago en zigzag que excava una profunda grieta en la tierra, nada crecerá allí durante un siglo.

Lentamente, muy lentamente, el gran dragón sobrevuela el oscuro borde del mundo y sale a la luz del día. A medida que el calor del Sol acaricia su cuerpo, la cólera de Shen disminuye. La tibieza acaricia viejas heridas y las alivia. Calienta la sangre de Shen y por un rato éste conoce el sosiego.

—Quizá deba escuchar a aquel que me ha llamado. Quizá deba acatar sus órdenes y no devorarlo de entrada. Ya veré lo que haré...

El Dragón Negro prosigue su vuelo.

[Vuelve a la página 18 y toma una decisión.](#)

Apelando a todo tu ingenio recuerdas el *hechizo de vuelo*, pronuncias las palabras adecuadas e instantáneamente el descenso se torna más suave.

—Me estaba preguntando cuándo te decidirías —piensa Hinoki mientras baja batiendo sus alas—. Espero que lleguemos al fondo antes de que se agote el hechizo.

De repente notas que algo anda muy mal. En lugar de crecerle alas plumosas, te han brotado alas de dragón.

—¡Hinoki! ¡Mi hechizo ha fallado! ¿Qué me ocurre? —piensas alarmado.

—No te inquietes —piensa el seudodragón—. Aquí los hechizos humanos operan de otro modo. Tendrías que estar agradecido por tener esas preciosas alas de dragón. Date prisa para llegar abajo antes de que desaparezcan. No sabemos cuánto tiempo durarán.

Estás a punto de responder cuando aparece una luz a tus pies. Desciendes en el interior de una gran sala bien iluminada. En el suelo hay restos de esqueletos dispersos y comprendes que tuviste suerte.

Es una sala en la que solamente hay cuatro puertas, cada una con una inscripción. Te aproximas y lees:

- [Arriba. Pasa a la página 19.](#)
- [Abajo. Pasa a la página 130.](#)
- [Salida. Pasa a la página 29.](#)
- [Entrada. Pasa a la página 95.](#)

Abres la pequeña bolsa de cuero, sacas el anillo de oro y te lo colocas en el dedo. Quedas maravillado al comprobar que una vez más se encoge hasta adaptarse al diámetro de tu dedo. Señalas la parte más alta de la amenazadora isla de piedra y dices:

—Anillo mágico, por favor llévanos hasta la parte más alta de la isla.

Apenas has pronunciado estas palabras y ya estás de pie en lo alto de la isla con Saffron a tu lado.

—Bien, al menos ahora sabemos que quedaba un deseo —calcula Hinoki—. Si hubiera otro, probablemente sería el último. Aunque tal vez haya sido éste.

[Pasa a la página 118.](#)

Cierras los ojos, y se te encoge el corazón ante la extraña criatura. Te das la vuelta para no verla y te quitas la mochila. Vas a sentarte y el posadero ya regresa con un plato de cordero asado, patatas y espárragos frescos. Lo devoras todo acompañado por una barra de pan de corteza dura y bebes varias jarras de sidra caliente. Hinoki se alimenta con bocados de tu plato. La sidra tenía un sabor extraño; poco rato después de haber cenado te sientes somnoliento.

—Acompáñeme a mi habitación —ordenas arrastrando las palabras y mientras te esfuerzas en ponerte en pie.

—Sí, señor, pero esa bestia no puede acompañarlo. Tendrá que pernoctar en el establo —dice nervioso el posadero—. No permitimos la entrada de animales en las habitaciones.

—Algo huele mal aquí. Dile que te niegas —se inquieta Hinoki—. Este hombre no tiene buenas intenciones.

- Si consideras que debes negarte a que Hinoki duerma en el establo, díselo al posadero. Pasa a la página 87.
- Si estás demasiado adormecido para discutir, que duerma Hinoki en el establo. Pasa a la página 100.

—Morgan, esta puerta no puede ser para dragones. Es demasiado estrecha.

—Tú sí eres un dragón y por tanto es adecuada para ti —piensas mientras abres la puerta y la cruzas.

—Sí... bueno, más o menos. En realidad, no.

Desconcertado, te das la vuelta y lo miras.

—¿Qué es eso de más o menos, en realidad no?

—Algunos no consideran dragones a los seudodragones. Por eso nos dicen seudodragones o dragones apócrifos. Incluso algunos dragones fingen no vernos y no nos hablan.

—Tonterías. En lo que a mí respecta eres real y esa puerta es apropiada para ti. Date prisa.

—Mira esa bruma, Morgan. Ni siquiera veo adónde voy. ¿Cómo quieres que me dé prisa?

—En ese caso apóyate en mi hombro. Mantendré las manos extendidas para no tropezar.

Te atormentas pensando si no deberías haber hecho caso a Hinoki, pero expulsas las dudas de tu mente y emprendes el vuelo. De vez en cuando la bruma se aclara y puedes observar que estás en un túnel de piedra tosca, con techos altos y suelo de tierra. Pero la niebla vuelve a espesarse y es cada vez más densa. No ves nada. Se te erizan los pelos de la nuca y disminuyes la velocidad, casi hasta detenerte.

—¿Qué ocurre? —piensa Hinoki.

—No lo sé, pero algo anda mal. Lo intuyo.

Sigues volando lentamente, con los brazos y las manos extendidos, palpando el aire. De repente tocas horrorizado algo suave y peludo... ¡Algo que se mueve!



La niebla se aclara de nuevo y observas que tus dedos tocan un enorme ser velludo que tiene una barriga enorme. Levantas la vista y ante ti se cierne amenazador el gigante más grande, feo y musculoso que has visto en tu vida.

Hace una mueca, levanta un tronco de roble añoso y lo esgrime en tu dirección.

Apretando a Hinoki contra tu pecho, diriges una última mirada a ese horrible rostro, que de pronto desaparece a causa de la niebla. Desciendes aleteando a la mayor velocidad posible. Una poderosa ráfaga de aire te golpea el rostro cuando el tronco arrojado por el gigante se estrella en el suelo justo a tu lado.

—¡Vuelve! ¡Te aplastaré! —ruge el gigante.

Intentas escapar, pero, y sin que hayas podido advertirlo, te precipitas contra un recodo del túnel y caes aturdido.

—¡Ahora te tengo! ¡Te aplastaré! —grita el gigante.

Aunque la niebla no ha desaparecido puedes observar que el gigante va a sentarse a horcajadas sobre tu cuerpo, con el tronco de roble levantado. Te apoyas con el hombro en la pared y ves que el fenomenal garrote empieza a descender. Te traga la oscuridad.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Estoy muy fatigado —reconoce el poderoso Shen mientras obliga a sus grandes alas a agitarse una vez más—. Estoy harto de los hombres y de sus pequeñas batallas. Su avidez por poseer piedras preciosas y otros tesoros no proviene de la belleza que poseen sino de sus egoístas intereses. El hombre no sabe nada de los secretos que contienen el corazón de un rubí, la mente de una esmeralda o los ojos de un zafiro. Está demasiado ocupado matando y destruyendo. Quizás el hombre sea un error de la naturaleza. Tal vez es mejor que desaparezca de la faz de La Tierra de una vez para siempre. Entonces los dragones y otras *bellas* criaturas podremos vivir en paz.

El gran dragón sigue reflexionando durante un rato y prosigue:

—Responderé a ese llamamiento. Tal vez sea yo el que está equivocado. Quizás el hombre no sea malo. Decidiré lo que debo hacer cuando llegue a mi destino.

El gran dragón prosigue el vuelo a pesar de que las alas le duelen mucho a causa del esfuerzo y echa de menos su cálida cueva.

En la lejanía, las nubes se transforman en una lluvia caliente que cae sobre la ya castigada tierra. Inmediatamente prados y arboledas se convierten en terrenos estériles en los que sólo hay rocas. El aire se calienta y a cierta distancia el dragón divisa un mar de lava que surca la tierra.

—¡El Borde del Mundo! —suspira el dragón, e inicia el descenso.

[Pasa a la página 35.](#)

—Siempre he detestado este hechizo —murmuras mientras coges un diminuto frasco y una pequeña caja redonda.

—¿Por qué? —se interesa Saffron, que está de puntillas, observando ansiosa como crece la lava.

Estremecido, abres el frasco y bebes la poción que contiene. Luego, conteniendo las náuseas, quitas la tapa de la caja, metes la mano en su interior, coges una araña peluda y movediza, y te la tragas entera.

—No debes engullirla de golpe —te regaña Hinoki—. Se supone que debes masticarla bien.

—Si quieres *saborear* una araña peluda, hazlo —dices atragantado—. Yo sólo puedo tragármela... y detesto hacerlo.

—Imagina lo que sentirá ella —sugiere Hinoki irónicamente.

—No termino de creerme lo que acabas de hacer —comenta Saffron, con sus grandes ojos azules, fijos en ti.

—¡Caray! —resoplas—. Ya es bastante malo tener que hacerlo, como para que además tenga que oír tus comentarios. Saffron, si no quieres convertirte en cenizas, acércate y rodea con tus brazos mi cuello.

—¿Para qué? —pregunta Saffron, con expresión suspicaz.

—Porque ésta es la única forma en que podemos salir de aquí con vida.

Después de mirar por última vez la lava que progresivamente se aproxima, Saffron se levanta la falda, se acerca a ti y te rodea el cuello con sus brazos firmemente.

—¡No te sueltes por nada del mundo! —le adviertes.

Te vuelves de cara a la resbaladiza superficie rocosa, donde apoyas ambas manos y un pie. Percibes que la lisa pared adquiere una textura diferente con el contacto de las sensibles yemas de tus dedos. Microscópicas grietas y hendiduras que no puedes ver, las percibes con el tacto. Con tanta seguridad como si gatearas por una superficie perfectamente horizontal, trepas por un costado del acantilado.

Hinoki revolotea a tu alrededor para estimularte, pero Saffron va colgada de tu cuello, amenazando con soltarte de las presas con su peso. Para colmo de males Grundoon te da golpes en las piernas desde el interior de la mochila de Saffron, de tal modo que corres el riesgo de tropezar.

—¡Sujétate de mis hombros, no del cuello! —protestas enérgicamente cuando estás a punto de asfixiarte.

Cuando Saffron se sujeta de tus hombros y rodea tu cintura con sus piernas, la presión cesa. Con gran alivio recorres rápidamente el resto de la empinada cuesta y finalmente te arrastras sobre el borde.

Respiras hondo, te dejas caer sobre la superficie plana y te esfuerzas por recuperar el aliento.

[Pasa a la página 118.](#)

Tienes la impresión de haber estado caminando durante una eternidad. La ciénaga ha quedado muy atrás y una espesa bruma te rodea. De vez en cuando sientes que el suelo retumba bajo tus pies. Chorros de gas caliente contaminan el aire, y despiden un fuerte olor de metal al rojo vivo.

—El aspecto de este sitio no me gusta nada —observa Saffron, temblorosa.

—A mí tampoco, pero debemos seguir adelante. Estoy seguro de que Zed no está lejos. Hinoki, exploremos la zona, tal vez le encontremos, Saffron puede ayudarnos y así veremos mucho más.

—¿Y cómo haremos esa exploración? —pregunta Saffron, acercándose a ti.

—Es similar a lo que hicimos cuando curamos a la coalta. Concentra tus pensamientos en Hinoki y verás lo que él vea —os sentáis en un afloramiento rocoso con la vista fija en elseudodragón—. Ahora proyecta tu mente en la suya.

Suavemente, como cuando recuerdas un ensueño dichoso, deslizas tu mente en la de Hinoki. De pronto te ves a ti mismo sentado en la roca, a través de los ojos de Hinoki.

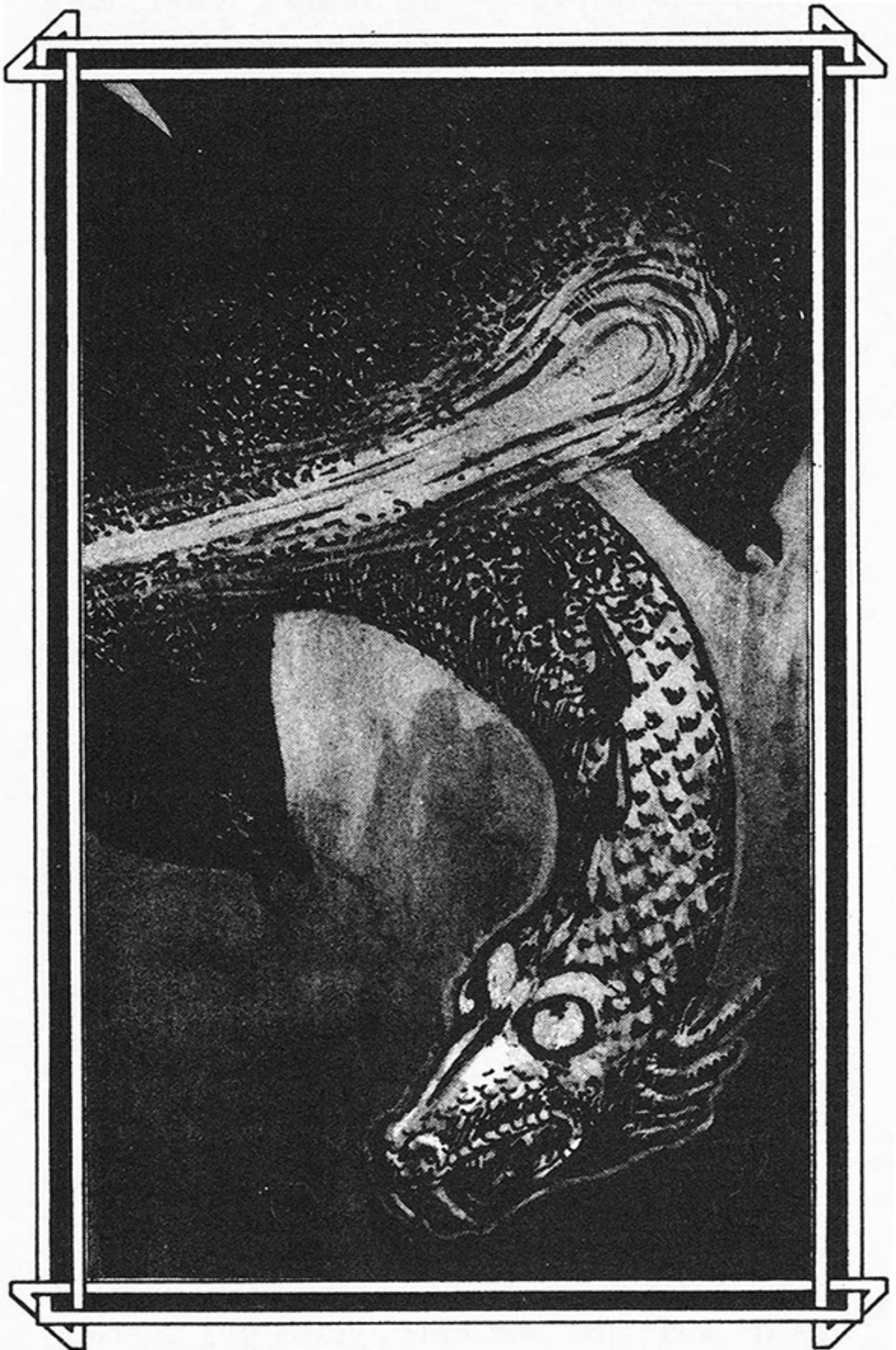
—Siento algo extraño... como si estuviera durmiendo o soñando —comenta Saffron.

Hinoki extiende sus alas y se interna en la bruma.

—Me mareo —susurra Saffron.

—A mí suele ocurrirme lo mismo. Trata de no pensar en ello. No te sentirás mal si no se zambulle súbitamente. ¡Mira eso!

Más allá, en la niebla se forman torbellinos de aire, que son empujados por corrientes muy fuertes. Del suelo surgen nubes de vapor. Aquí y allá se forman géiseres de lava líquida.



—No veo cómo vamos a encontrar a alguien en este sitio —piensa Hinoki—. En esta bruma podría ocultarse todo un batallón y no lograríamos detectarlo.

—Saffron, hagamos un esfuerzo por escuchar a Zed. Quizá podamos oír sus pensamientos, aunque no lo veamos. Siendo tres, la perspectiva tendría que ser lo bastante amplia.

A medida que el aterrador paisaje se desliza más allá, registras a la izquierda de Hinoki y no sientes nada. Repites el proceso hacia adelante, otra vez sin éxito.

Finalmente, al orientarte a la derecha de Hinoki, una voz seca y cascada penetra tu mente. Te concentras profundamente y detectas fragmentos de palabras y frases: «... tendría que llegar pronto... sé que concederá mi deseo... no puede negarse... todos los tesoros del mundo... todos mis enemigos exterminados... la hora se aproxima... mía será la venganza. Les enseñaré a... ¡Eh! ¿Quién anda por ahí?».

Bruscamente la voz se extingue.

—¡Baja! —adviertes a tuseudodragón, temiendo por su vida.

Hinoki cae como una piedra cuando un rayo azul de energía silba en el aire y estalla por encima de su cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Saffron.

—Un misil mental... un hechizo del más alto nivel que los magos pueden usar contra cualquiera que intente sondear sus mentes. Sospeché que lo haría. Pero al menos ahora sabemos que está aquí. Lamentablemente él también conoce nuestra presencia y por lo que ha dicho no nos queda mucho tiempo.

Durante todo el día sigues avanzando por el aterrador paisaje. El humo, el calor y las feroces explosiones parecen aumentar a cada paso. El terreno continúa estremeciéndose sin pausa.

—¡Detente! —ordena Hinoki—. Delante de nosotros sólo hay aire.

Te dejas caer de rodillas, apoyas las manos en el suelo caliente y te arrastras lentamente, escudriñando el encrespado humo negro.

—¿Ves algo, Morgan? —pregunta Saffron.

Sin darte tiempo a responder, el suelo cede bruscamente y caes. Permaneces tendido con la mejilla apretada contra la tierra ardiente; de pronto el humo desaparece durante un segundo y ves algo realmente sorprendente.

Ante ti hay un inmenso agujero en la tierra, tan ancho y profundo que se pierde en la distancia.

Divisas a tus pies una estrecha cornisa que conduce a vertiginosas profundidades; lejos, mucho más lejos, distingues un brillo anaranjado. Con los ojos entrecerrados logras divisar una angosta senda que conduce a lo que parece ser una gran roca plana por la parte de arriba, como si fuera una elevación del pozo.

Retrocedes del borde del abismo para informar lo que has visto.

—¿Supones que Zed se dirige hacia allí? —pregunta Saffron, temblorosa.

—Estoy seguro. Aunque no me gusta nada, en el fondo estoy convencido de que va hacia allí. Estaremos exactamente a sus espaldas.



—Morgan, ¿cuál es tu plan? —pregunta Hinoki.

—Yo... creo que deberíamos marcharnos —interviene Saffron—. No quiero tener nada que ver con esto.

—Yo debo cumplir una misión, Saffron. No puedo detenerme ahora, ni tú tampoco. Nunca encontrarías sola la salida. Además, a menos que detengamos a Zed, ni siquiera tendrías un reino al cual volver.

—Eso no lo sabes con certeza —argumenta Saffron, asustada.

—Es verdad, pero tengo fundadas sospechas de que ocurrirá, y tú también.

—Saffron —piensa Hinoki—, Zed es mucho más poderoso que nosotros. Solos, no tenemos la menor posibilidad. Las únicas personas lo bastante fuertes como para detenerlo están muy lejos. Si el mundo ha de salvarse, tendremos que hacerlo juntos. No puedo decir que sobreviviremos, pero debemos intentarlo... y tú tienes que ayudarnos.

—Pero tengo mucho miedo —susurra Saffron—. Además, el mundo nunca hizo nada bueno por mí.

—No puedes culpar al mundo por las penurias que te ha deparado la vida —piensa Hinoki—. El mundo no te debe nada. Has recibido el precioso don de la vida y nadie puede pedir más. Lo que hagas de tu vida está en tus manos. Pero no la desperdicias culpando a otros de tus problemas. Si quieres algo, tienes que luchar por ello. A fin de cuentas no puedes contar con nadie salvo contigo mismo.

—Si las cosas son así, ¿por qué habría de ayudarte? —pregunta Saffron, confundida.

—Porque algunas cosas son más importantes que uno mismo, y ésta es una de ellas.

—Y también porque somos tus amigos y te necesitamos —añades.

—Iré —resuelve Saffron, avergonzada—. No tengo adónde volver. Aparte de Grundoon, mi fiel gato, sois mis únicos amigos. ¿Qué queréis que haga? No tengo mucha experiencia en los asuntos relacionados con el Apocalipsis.

—Yo tampoco —respondes—. Tendremos que inventar sobre la marcha. Te aconsejo que metas a ese gato en tu mochila para que no nos estorbe.

Escudriñas atentamente la entrada al infierno. Respiras hondo y abres la marcha por la cornisa que serpentea y desciende por la cara interior de la caldera en una maraña de agudas rocas.

Ves temblar a Saffron cuando se sujeta a la áspera piedra. Al bajar la vista y ver la hirviente masa a tus pies se te hace un nudo en la garganta y las palabras de consuelo no rebasan tus labios.

—Me adelantaré para saber qué podemos esperar —piensa Hinoki.

Desaparece con un estruendoso batir de alas. Cargado de temores, penetras en su mente y observas cómo el sendero se despliega ante sus ojos. Lo zarandean corrientes de aire caliente, arrojándolo de arriba a abajo, amenazando con aplastarlo contra la pared. Avanzas lentamente, sujetando la mano de Saffron como si fuera una cuerda

de salvamento.

Paso a paso avanzas por la peligrosa cornisa. A medida que descienes el calor es más intenso. Finalmente consigues distinguir con toda claridad el suelo del infierno. Te asalta un escalofrío al darte cuenta de que el brillo anaranjado es lava ardiente que borbotea incesantemente bajo una delgada corteza. Ante tus ojos la superficie se deforma por la presión de la marea ascendente.

Por último, llegas al pie del sendero. De cerca, el vasto mar de lava es más aterrador que a distancia. Bulle constantemente y se precipita contra el acantilado como las olas en una playa. Tu destino, la isla rocosa que observaste desde lo alto, ha desaparecido en el humeante vapor del infierno.

—¿Y ahora adónde vamos? —pregunta Saffron con voz apenas audible.

—Veo rocas a la izquierda —piensa Hinoki—. Y algo que puede ser un camino hasta la isla. El recorrido es muy peligroso, pero creo que lo lograréis.

A través de los ojos de Hinoki ves las angostas rocas, empapadas de rocío de lava, que se extienden a lo lejos.

—Morgan, creo que no podré hacerlo. ¿Qué ocurrirá si resbalo? ¿Y si nos caemos? —duda Saffron.

—De nada sirve pensar en eso. Nada mejorará la situación en la que nos encontramos.

Aprietas su mano y empiezas a descender el último tramo. A pesar del intenso calor, sacas de tu mochila la capa y te la pones.

—Saffron, ponte la tuya. Si el rocío te alcanza, la capa te protegerá.

Por fin llegas al fondo de la sima y pisas cautelosamente la primera piedra. Te arden las plantas de los pies, pero descubres que si te mantienes en movimiento la temperatura es soportable. Precisamente cuando empiezas a notar que cruzar el pozo de lava es más fácil de lo que creías, los pensamientos de Hinoki irrumpen en tu mente:

—¡Mira! ¡Cuidado, Morgan!

Las imágenes inundan tu mente y a través de la visión de Hinoki logras ver una enorme burbuja de lava que se hincha por encima de la superficie a muy corta distancia.

—¡Corre! —apremia Hinoki cuando la burbuja aumenta de tamaño.

Haces dar la vuelta a Saffron, giras sobre tus talones y vuelves sobre tus pasos en las pasaderas. Al llegar al borde del pozo te agachas detrás de un saliente de la roca en el preciso instante en que la enorme burbuja estalla, bañando con lava líquida las piedras del entorno.

Desde su encierro en la mochila de Saffron, Grundoon aúlla atemorizado y araña frenéticamente el resistente paño.

—¿Crees de verdad que lo conseguiremos? —pregunta Saffron al tiempo que pasa el dedo por un agujero chamuscado de su capa.

—Tenemos que lograrlo —replicas.

Pasa a la página 23.

—Supongo que tú crees que los hombres son demasiado codiciosos porque siempre tratan de robarte tus tesoros —conjeturas—. Eso tiene sentido. La respuesta correcta es la codicia.

—¡Error! —aúlla el dragón y sopla sobre ti una nube de humo negro. A medida que tú e Hinoki os encogéis, oyes decir al dragón—: El hombre tiene suficiente *avaricia*. ¡No necesita más!

—¡Espera! ¡Me has engañado! —protestas con una voz apenas audible—. ¡No es justo!

—¿Y quién ha dicho que sería justo? —ríe el dragón.

Aprietas la nariz contra el cristal y contemplas el exterior. Ves que el dragón no cesa de reír a carcajadas.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Metes la mano en el bolsillo y te pones el Anillo de los Deseos en el dedo.

—¡Por favor, anillo mágico, si alguna vez has funcionado, no dejes de hacerlo ahora! Por favor, dótame de alas y te prometo que seré bueno el resto de mis días.

Al principio no ocurre nada. Luego empiezas a sentir un hormigueo entre los omóplatos. No, no es un hormigueo... se parece más a un escozor, a una picazón a la que nunca llegas con la mano. Te echas hacia atrás en un frenético intento por rascarte y aliviar tu molestia.

Tus dedos tropiezan con algo extraño. Sorprendido, intentas volver la mirada. Giras y giras en el aire tratando de divisar ese cuerpo extraño, pero por muy rápido que te vuelvas no logras alcanzarlo.

—Pareces estúpido haciendo esos movimientos —piensa Hinoki, que baja revoloteando y se detiene delante de ti—. ¿Qué haces?

—Trato de averiguar qué tengo a mis espaldas —dices, indignado.

—¿Te refieres a eso? Son tus alas. Como recordarás, prometiste que si te concedían alas serías bueno el resto de tus días —responde Hinoki divertido.

—¿De verdad son alas?

—Si no lo fueran no estarías flotando y charlando conmigo.

—¿Flotando? ¿Yo? ¡Oh! —exclamas. Al notar el vacío a tus pies te aterrorizas y una vez más empiezas a caer—. ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Serénate, Morgan! No necesitas ayuda de nadie. Ayúdate a ti mismo —piensa Hinoki—. ¡Usa tus alas!

Desesperado, intentas aletear con tus nuevos apéndices. Instantáneamente empiezas a volar, aunque vas dando algunos bandazos. Tratas de corregir el rumbo, pero caes por el otro lado.

—¡No, no! ¡Lo haces muy mal! —critica Hinoki—. Mírame a mí.

Con temor tratas de imitar sus movimientos hasta que aleteas, vuelas, bajas en picado y trazas círculos con gran pericia.

—¡Es maravilloso! ¡Fantástico! ¿Por qué nunca me dijiste que volar es tan divertido?

—No seas tonto —piensa Hinoki—. ¿Cuándo me dijiste tú que fuera divertido caminar o nadar? De cualquier manera, me alegra saber que te gusta tanto. Esto te dará fuerzas para mantener tu promesa.

—¿Qué promesa?

—La de ser bueno el resto de tus días. ¿Recuerdas?

A duras penas recuerdas tu promesa. Exhalas un profundo suspiro, das vueltas en círculo y finalmente te precipitas hacia el fondo de la trampa.



Pasa a la página 148.

—Rápido, Saffron, dame tu saco de alimentos —susurras mientras aprietas tu bolsa con las raciones.

—¿Por qué? —quiere saber Saffron al tiempo que te entrega el saco.

—La hidra tiene hambre y le da igual comer una cosa que otra. Tal vez se arregle con esto y así no querrá devorarnos.

Sacas una gran tajada de queso y apuntas a las proximidades de su cabeza. La hidra observa la trayectoria del queso y cuando alcanza su punto más alto, lo coge en el aire.

—Podría funcionar —piensa Hinoki—. Prueba lo mismo con otra de sus cabezas.

Arrojas con todas tus fuerzas un trozo de jamón ahumado. La hidra cabecea violentamente pero no logra cogerlo. Enfurecida, sale corriendo tras el trozo de jamón, olisqueando el agua donde se hundió.

Otras dos cabezas se unen a la primera en la búsqueda. Poco después las tres cabezas luchan entre sí, intentando arrebatarse el trozo de carne. Dos de las cabezas restantes parecen haber creído que probablemente tú eres más sabroso que el jamón y se acercan a toda velocidad. La última cabeza intenta en vano morder a Hinoki, que se pone fuera de su alcance.

Te dejas caer de rodillas, aprietas la mano de Saffron y arrojas dos tajadas de queso y un trozo de pan negro a un costado. Inmediatamente las dos cabezas que avanzaban en tu dirección, se dirigen hacia la comida, arrastrando a las otras consigo.

A la mayor velocidad que tus piernas te permiten, chapoteas en la ciénaga, alejándote del terrible monstruo de seis cabezas.

Al llegar a una pequeña arboleda, miras por última vez hacia atrás. Las seis cabezas de la hidra riñen alborotadas por los alimentos.

—Creí que no saldríamos vivos de ésta —suspira Saffron mientras se frota los ojos.

Te flaquean las rodillas y te dejas caer en un banco de cieno, moviendo la cabeza afirmativamente.

[Pasa a la página 32.](#)

—Apuesto a que es una prueba, Hinoki —piensas—. Se supone que probablemente escogeremos el cofre sencillo y no los que contienen tesoros para demostrar que no somos codiciosos. O quizá se espera que creamos que ésa es la respuesta correcta y nos aguarde una trampa.

—Ten cuidado, Morgan. Es imposible pensar valorando todas las posibilidades. Puedes seguir conjeturando hasta el infinito y nunca estarás seguro.

Bajas lentamente por el pasillo, midiendo cada paso. En un momento dado, un pequeño dragón que dormía oculto en un cofre sale volando por los aires. Sobresaltado te apartas a un lado y por un instante piensas que se está produciendo un temblor. Pero enseguida recuperas el equilibrio y tienes la impresión de que el suelo se ha estabilizado.

—¿Ha sido mi imaginación? —preguntas a Hinoki.

—No sé, pero no lo repitas —piensa tu seudodragón.

Por fin llegas al extremo del largo pasillo y te paras delante del cofre de madera, preguntándote entonces si habrás escogido correctamente.

—No promete mucho, ¿verdad?

—Con estas cosas nunca se sabe. Recuerda, Morgan, que a veces las apariencias engañan —filosofa Hinoki.

Observas atentamente el cofre, pero evitas tocarlo. Es bastante grande, lo suficiente como para contener a seis personas y que aún sobre espacio. Hecho con madera sencilla y sin pintar, tiene los bordes rematados con hierro negro. Un gran pestillo del mismo material lo mantiene cerrado. No ves ningún cerrojo.

Haciendo acopio de todo tu valor, te asomas por detrás. Aparentemente no es ni más ni menos que lo que parece: un simple cofre.

—¿Qué debo hacer? —preguntas.

- —Podríamos tratar de abrir el cofre. Pasa a la página 137.
- —O lo olvidamos y echamos un vistazo a los que están adornados con piedras preciosas. Pasa a la página 99.

—A1 fin y al cabo, quizás seas mi sobrino —dice Zed.

Te coge la barbilla con sus huesudos dedos y hunde sus ojos negros en los tuyos. Un escalofrío recorre todo tu cuerpo a su contacto. El estremecimiento se transforma en una corriente fría; te rodea con su gélido abrazo. Hinoki se comunica mentalmente contigo para advertirte y aunque apenas lo percibes Saffron te tira del brazo; pero nada te interesa. Sientes que esa sensación de frialdad ha llegado a calarte en el alma. Cuando Zed te libera sabes que algo en ti ha cambiado. Ya estabas harto de ser siempre tan bueno, tan obediente y tan aburrido.

Una nueva fortaleza inunda tu cuerpo, si bien te corroe un leve desasosiego y por un instante permaneces inmóvil. Más tarde tu tío te toma del brazo y dice:

—¡Ven! ¡La hora de nuestro destino ha llegado!

Levantas la vista hacia el cielo y distingues una mancha negra cada vez más grande sobre el horizonte.

—¡Espera, Morgan! ¡No cedas! ¡Encontraremos la forma de salvarte! —insiste Hinoki en tu mente.

Pero bloqueas la mente y continúas en trance, con la vista fija.

El firmamento está salpicado de rayos. El viento silba en tus oídos, sumando su salvaje estruendo a la delirante carcajada de tu tío. Estás confundido y asustado, aunque extrañamente emocionado. No estás seguro de si éste es el principio o bien el...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

El resto del día transcurre sin incidentes. Al atardecer os encontráis internados en el centro de la ciénaga.

—Creo que deberíamos detenernos para pasar la noche aquí —propones.

Aunque te duelen todos los músculos, juntas ramitas y hierbas secas para encender el fuego. Al calor de las llamas, te sientas sobre un leño cubierto de musgo, que se hunde bajo tu peso en el suelo. Descansas de tus fatigas con la cabeza entre las manos.

Notas de repente que el leño se mueve. Cuando empiezas a preguntarte por qué, una larga y sinuosa enredadera te envuelve un tobillo. Te agachas para apartarla y otra enredadera de un tamaño todavía mayor que el de la otra, se desliza del cieno y te aprieta con firmeza la otra pierna.

—¡Fantástico! ¡Ahora me atacan las enredaderas! —suspiras.

Mientras intentas desenrollarla deslizas la mano bajo la enredadera y repentinamente quedas atrapado. Te resulta imposible quitar la mano. Te sientes como un tonto, sentado y con el cuerpo inclinado, envuelto en enredaderas. Intentas sacar la mano pues no sabes qué otra cosa hacer y en ese momento algo suave pero pesado te golpea la cabeza. Todo gira a tu alrededor.

—¡Socorro! —gritas, necesitas auxilio.

—¡Es un túmulo rastrero! —grita Saffron mientras llega con una brazada de leña —. ¡Haz algo, Morgan!

—¿Qué significa «Haz algo, Morgan»? ¡Un vegetal intenta devorarme y a ti sólo se te ocurre decir que haga algo! ¿Por qué no haces algo tú?



—Los túmulos rastreros no son vegetales —explica Saffron mientras golpea el leño con una gruesa estaca—. Parecen leños pero tienen vida, piensan y pueden matarte.

—¡No me des una lección! ¡Ayúdame! ¡Ay! ¡Cuidado Saffron! ¡Acabas de golpearme a mí!

- —Lo mataré con mi cuchillo, dice Saffron mientras saca una navaja de hoja brillante. Pasa a la página 129.
- —¡Fuego! ¡Quemémoslo!, piensa Hinoki. Pasa a la página 110.
- —¡Esperad! ¡Dejadme intentar un hechizo para plantas!, gritas. Pasa a la página 124.

Las ásperas rocas te lastiman las manos; el viento colabora a que no puedas asirte bien al muro. No es aconsejable usar las alas, pero con algo más que buena suerte logras descender hasta el fondo del largo y oscuro pozo.

Aferrado a la pared, exploras la parte más honda del pozo. Observas una luz muy débil, pero no puedes ver nada más.

Decides acercarte un poco más.

—¿Qué ves, Morgan? —piensa Hinoki.

—Nada. Aquí abajo la luz no es buena. Creo que iré andando hasta el centro. Parece sólido.

Sin hacer caso de las objeciones de Hinoki, apoyas un pie en el suelo. De repente, unas corrientes de aire te arrastran, el suelo se agrieta y te precipitas al vacío. La desesperación de Hinoki resuena en tu mente. Caes de cabeza y permaneces atontado, casi sin aliento.

—¡Levántate! —ordena una recia voz.

Alzas la vista y ves a un dragón de tamaño mediano cerca de ti.

—¡Levántate! ¡Ha llegado la hora de tu muerte! —dice el dragón, al tiempo que arroja una gran llamarada que te chamusca una pierna.

—¿La hora de mi muerte? ¿Por qué? —intentas retroceder sobre la dura superficie terrosa.

—Porque así lo dicen las leyes del pozo. Quien tiene la mala fortuna de caer aquí debe esperar a que otro sufra el mismo destino. Entonces los dos combaten a muerte. Sólo uno puede sobrevivir en el pozo —resuella el dragón.

—¿Qué pasa si no cae nadie? —te arrastras cada vez más rápido.

—En tal caso lo mismo morirás —responde el dragón mientras aparta a un esqueleto de una patada.

—P-p-pero... —dices retrocediendo hacia el muro de piedra que rodea el pozo—. ¿Qué ocurre si uno lucha y vence?

—No lo sé —contesta el dragón sonriente, mientras se aproxima dispuesto a dar su golpe mortal—. Pero, tengo la intención de descubrirlo ahora.

FIN

Para vivir otra aventura, retorna al principio.

Pendientes de la aparición de túmulos rastreros o de cualquier otro monstruo peligroso, os despertáis temprano y pronto os halláis en las profundidades de la tenebrosa ciénaga, ahora cubierta por una densa capa de niebla.

—¡Grundoon! ¡No, Grundoon! ¡Vuelve! —grita de pronto Saffron.

Divisas lo que parece ser una gran mancha anaranjada, cuando el gato de Saffron salta sobre un banco de lodo y desaparece en un remolino de bruma.

—Por favor, ayúdame a cogerlo —solloza Saffron.

—¿Qué puedo hacer? Apenas veo mi mano delante de los ojos con esta espesa niebla. Además, sospecho que no quiere que lo cojas. Saltó por su cuenta. Déjalo allí.

—¡Por favor, no lo abandones! Lo tengo desde que era un *minino* y... es muy importante para mí —te implora Saffron.

—¡Está bien, está bien! —suspiras—. Sé que lo lamentaré, pero te complaceré.

Avanzas con dificultad a causa de la bruma, gritando:

—¡Ven, gatito; ven, Grundoon; ven, micifuz!

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

—Está por allí... a la izquierda —gritas, cambiando el rumbo.

—¡Miaaauuu!

—¡Grundoon! ¡Date prisa, Morgan! ¡Le ha ocurrido algo! —chilla Saffron.

—¡Condenado gato! Bien merecido lo tiene si algo lo devora —refunfuñas mientras avanzas con el agua hasta las rodillas—. ¡Aquí, gatito!

—¡Shshsh! ¡Grrr! ¡Grrr!

—¡Ya te veo, pequeño caníbal! ¿Por qué estás erizado? No tengo la intención de hacerte daño —le avisas.

Cuando deslizas tu mano debajo de su estómago, Grundoon suelta un terrible aullido, sube por tu brazo e intenta ocultarse debajo de Hinoki.

—¡Buena la has hecho! ¡Mira! Estoy sangrando —le muestras tu mano arañada.

De repente algo se mueve. Quizás ha sido la niebla o tal vez tus ojos te están jugando una mala pasada, pero tuviste la impresión de ver algo... ¡Algo enorme!

—No fue una ilusión óptica. Yo también lo vi —piensa Hinoki—. Trata de alejarte sin hacer ruido. Es posible que aún no nos haya visto.

—¡Morgan! ¡Grundoon! —llama Saffron—. ¡Ah, estás ahí, Morgan! ¿Lo encontraste? —pregunta casi sin aliento—. ¡Sí! ¡Qué travieso eres, Grundoon! —

Saffron estira la mano y acurruca el gato en sus brazos, haciendo caso omiso de sus aullidos y de las violentas sacudidas de sus garras.

Aliviándote el cuello arañado, abres la boca para hablar, pero tu garganta no emite sonido alguno.

—Morgan, ¿por qué tienes la vista fija? ¡Pareces bobo!

No respondes. Permaneces con la mirada clavada hacia arriba, en una enorme cabeza de reptil que te contempla a través de la niebla. Mientras observas que sus minúsculos y fríos ojos y su boca llena de afilados dientes apuntan en tu dirección, ves aparecer otra cabeza, otra y otra. Te das cuenta de que estás rodeado por las cabezas.

—¡Es una hidra, Morgan! —piensa Hinoki alborotado.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —se interesa Saffron mientras lucha con el gato que se retuerce despavorido—. ¡Oh! —exclama al levantar la vista—. ¡Ya veo!

Armándote de valor, resuelves tomar una decisión y dices:

- —Probaré a luchar con ella y derrotarla. Si ésta es tu decisión, pasa a la página 140.
- —Tal vez no nos haya visto y podamos huir. Si ésta es tu decisión, pasa a la página 77.
- —Utilizaré el Anillo de Deseos de mi tío Zed. Si decides usar el anillo, pasa a la página 97.
- —Tal vez pueda engañarla. Si te crees capaz de engañar a la hidra, pasa a la página 48.

—Hinoki, ¿qué hacemos ahora?

—No tiene sentido volver por donde vinimos, de modo que sugiero que sigamos adelante —responde el seudodragón.

Avanzas con dificultad a través de los tesoros, que te rozan las piernas doloridas por el cansancio. Repentinamente te encuentras ante dos inmensas columnas negras que enmarcan una gran puerta cubierta con diamantes del mismo color.

Te aproximas lentamente. Sorprendentemente, la puerta se abre de par en par al contacto. La montaña de riquezas es aún más abundante, pero casi no lo notas. Lo que sí ves es el monumental tronco que se eleva en el centro de la estancia.

Te sitúas en el recodo más elevado y contemplas admirado el trono. Si bien es totalmente negro, emite tal resplandor que parece tener vida propia. Lo tocas y no te sorprende descubrir que está caliente.

—Es un trono de dragón —comenta Hinoki—. ¡Vaya tamaño! Ni siquiera puedo imaginar que exista un dragón tan grande.

Te llama la atención un gran globo colocado a un lado del trono. Dos veces más alto que tú, el globo de cristal negro parece contener cierta forma de vida. En su interior observas que se producen algunos movimientos giratorios. Desconcertado, te acercas y lo miras atentamente. Una densa bruma negra no cesa de girar, pero momentáneamente se aclara y te permite ver un rostro... ¡Un rostro humano! Su boca se abre y grita sin producir sonido alguno. Sus manos se extienden pidiendo ayuda. Luego la figura desaparece, tragada por la negra niebla.

Horrorizado, ves que aparecen y desaparecen otras caras en el interior del globo. Todas piden ayuda sin pronunciar palabra.

—¿Hinoki, qué es esto? ¿Quiénes son estas personas? ¡Tenemos que liberarlas!

—Obviamente se trata de un artilugio mágico que pertenece a quien ocupa este trono —responde tu fiel Hinoki—. No sé quiénes son estas personas, pero yo en tu lugar no las liberaría. ¡El dragón puede desear que permanezcan allí!

—¡Pero son seres humanos! No puedo dejarlos como si se tratara de peces en una pecera. ¡Piensa cómo nos sentiríamos nosotros si estuviéramos atrapados ahí!

Sin darle tiempo a responder, coges una espada semienterrada y asestas un poderoso golpe al globo. Instantáneamente el cristal se hace añicos y la sala se llena de humo negro. Minúsculas figuras, no más grandes que la uña de tu dedo meñique,

tropiezan a tus pies. A medida que se despeja la atmósfera, las figuras empiezan a crecer. Se vuelven cada vez más grandes hasta rodearte convertidas en una multitud.

—¿Quié-quiénes sois y qué hacíais en ese globo? —tartamudeas, contemplando a los guerreros que te rodean.

—Somos aventureros —contesta un anciano cubierto por una armadura, de la cabeza a los pies—. Llegamos aquí en busca del tesoro del dragón. Uno a uno, quedamos atrapados en el interior de ese globo hasta que tú nos liberaste. ¿Cómo lo has logrado? ¿Ha muerto el Gran Dragón?

—Lo ignoro. Ni siquiera sé a qué dragón te refieres.



Al oír tus palabras los guerreros empuñan sus armas y te contemplan temerosos. A continuación, retroceden, aterrorizados.

—¡Esperad! ¡No os vayáis! —gritas, pero tus palabras se ahogan en una terrible ráfaga de viento que desciende violentamente.

Sólo el anciano permanece en su sitio.

—Date prisa, de lo contrario moriremos —te ruega, cogiéndote el brazo.

—¡No puedo irme! —replicas.

El anciano lanza un grito frenético y corre tras los demás.

Te dejas caer de rodillas, te arrimas al trono negro y levantas la vista. Ves descender en picado a un imponente dragón plateado con las garras extendidas. Se te hace un nudo en la garganta y el corazón te palpita.

—¡Coraje, Morgan! —exclama Hinoki—. ¡Recuerda tu misión!

Mientras el Gran Dragón se instala en el asiento del trono y fija en ti su mirada de acero, tratas de hacer lo que Hinoki te sugirió. Completamente erguido y con un valor que en realidad no tienes, te paras delante del trono. Haces una reverencia y dices:

—Te saludo, Gran Dragón. Soy Morgan, hijo de Ethelred, sobrino de Zed y enviado del Consejo de los Nueve. Estoy aquí en cumplimiento de una misión.

El dragón parpadea cuando mencionas a tu tío. Luego, asomando su negra lengua, pregunta:

—¿Era parte de tu misión romper mi globo?

—Lo lamento —te excusas, aunque no dejas de mirarlo fijamente—, pero no podía dejar a esos guerreros encerrados.

—No tiene importancia, haré otro —responde.

El Gran Dragón apunta su largo hocico de metálica apariencia por encima del borde del trono y exhala una corriente de humo plateado. Éste adquiere forma redonda y por alguna razón extraña se oscurece y cristaliza. Ante tus propios ojos, apoyado en lo alto del montón de tesoros, aparece otro globo de cristal.

—En breve estará lleno —comenta el dragón y ríe maliciosamente—. Tú serás el primer huésped, a menos que sepas responder el acertijo.

—¿Qué acertijo? —inquieres, temeroso.

—Éste —el dragón sonrío, enrosca su largo cuerpo de aspecto metálico y se instala cómodamente antes de seguir hablando—. ¿Qué es lo que posee el hombre, aunque nunca le parece suficiente, y una vez que lo obtiene, aumenta su deseo de tener más?

—¿Por qué habría de aceptar este juego? Probablemente me meterás en ese globo o me devorarás cualquiera que sea mi respuesta. Si contesto correctamente, ¿colaborarás en mi misión?

—No veo por qué tendría que hacerlo... aun suponiendo que resolvieras correctamente el acertijo, lo que no ocurrirá.

—Podrías ayudarme porque se supone que los dragones son honrados —interviene Hinoki—. Si Morgan está dispuesto a participar en el juego y a acatar tus reglas, tú

tendrías que estar dispuesto a atender su demanda, si pierdes.

—¡Yo jamás perderé! —ríe el dragón—. ¿Qué puedo temer de tus ridículas propuestas? Pero no ganarás, aunque te dé una pista. ¡Ni siquiera ganarías si te proporcionara las respuestas! —una sonrisa baila en los labios del dragón. Hunde la cola en el montón de tesoros y arroja juguetonamente una moneda de oro al aire. Mientras tus ojos siguen el rumbo de la moneda, prosigue—: Aquí, jovencito... aquí están las respuestas. ¡Espero que elijas sabiamente!

- —La codicia. Si crees que ésta es la respuesta correcta al acertijo, pasa a la página 44.
- —La sed de oro. Si crees que ésta es la mejor elección, pasa a la página 78.
- —No me gusta ninguna de estas alternativas, dices, mi respuesta es el amor. Si esto es lo que eliges, pasa a la página 113.

—Lo siento, pero no podemos ayudarte —te disculpas—. Somos nosotros quienes intentamos detener a ese hombre. Si nos quedamos perderemos tiempo. Cuando lleguemos a una población enviaré a alguien a buscarte.

La serpiente emplumada te mira con sus ojos plateados y gime lastimosamente.

—¡Qué asco! —grita Saffron—. ¡No iré contigo a ningún lado! ¡También puedes enviar a alguien a buscarnos a mí y a Grundoon!

—¡Perfecto! —gritas disgustado—. ¡En primer lugar no te pedí que me acompañaras! —te vuelves y observas enfadado a Hinoki—. ¡Supongo que estarás de acuerdo con ellos! ¿No? ¡Pues quédate tú también! ¡No os necesito! —arrojas a Hinoki a las manos de Saffron y te internas a zancadas en la ciénaga.

Horas más tarde empiezas a lamentar tus precipitadas palabras y tu mal humor. Echas de menos a los demás... incluso a Grundoon. Finalmente decides retroceder y disculparte.

Giras sobre tus talones para iniciar el regreso, pero una de tus piernas se hunde en el barro hasta la rodilla. Intentas levantarla, pero se hunde más profundamente aún. Buscas algo a lo que agarrarte, pero no encuentras nada.

Desesperado, enlazas una cuerda a un árbol cercano, pero al estirar de ella la rama se rompe. Poco después estás hundido casi hasta el pecho. Debatirte, sólo empeora las cosas, de modo que abandonas la lucha y piensas en lo tonto que has sido. Si no hubieses perdido los estribos. Si hubieses ayudado a la coalta... Si éste no fuese el...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Sales furioso de la posada y quedas a merced de la tempestuosa noche. Te envuelves en la capa y te proteges bajo las ramas de un gran cedro. Te resulta difícil conciliar el sueño. Aunque estás resguardado de la lluvia, el viento es muy frío y te hiela todo el cuerpo; el suelo está gélido y duro.

—Deja de quejarte —piensa Hinoki—. Tus pensamientos me mantienen desvelado —mete la cabeza bajo una de sus alas y se dispone a dormir.

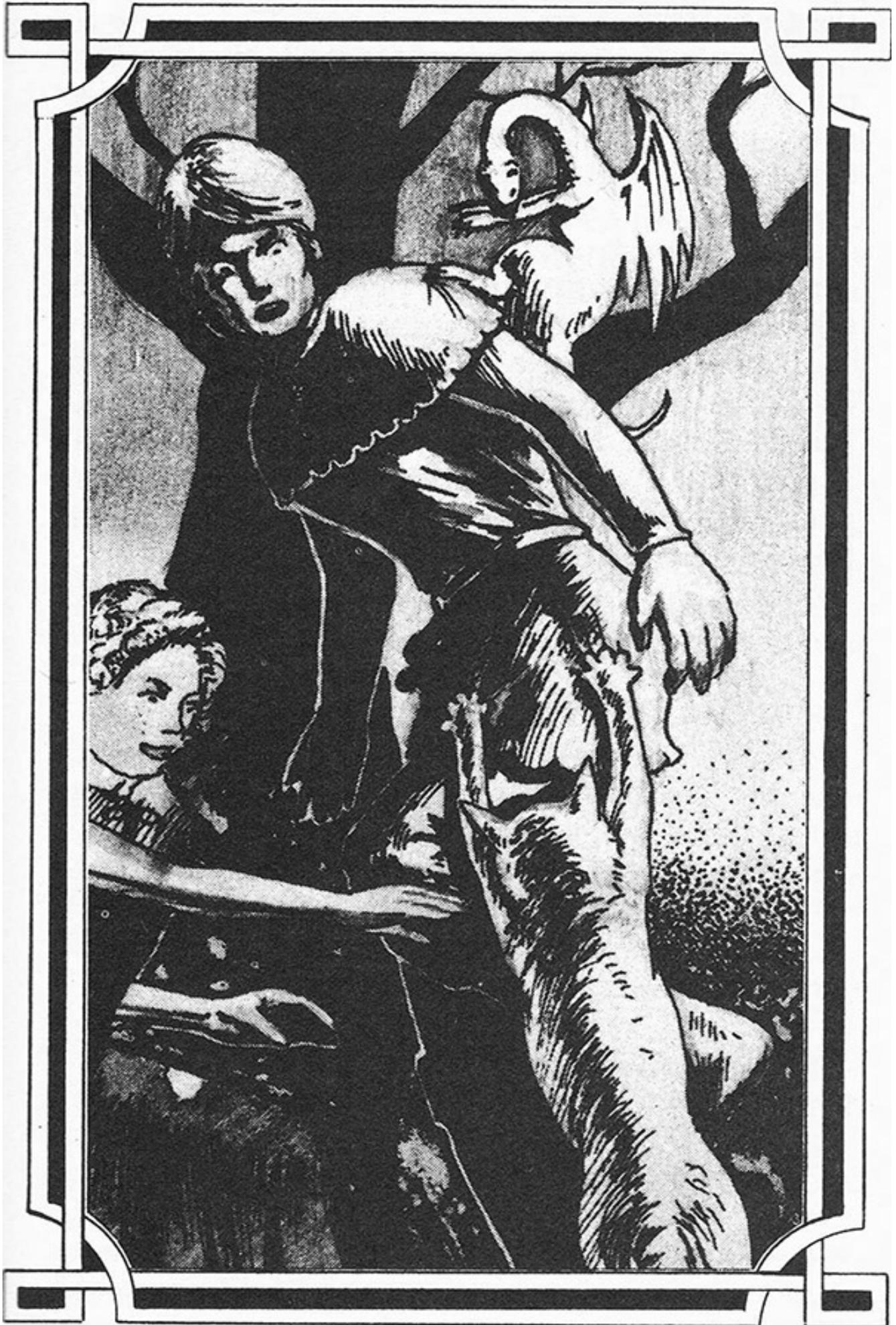
De repente una pequeña figura peluda salta sobre tu pierna. Sientes que unas garras agudas se hunden en tu carne. Estremecido de dolor te pones en pie de un salto y te golpeas la cabeza con una de las ramas del cedro. Hinoki cae de tu hombro y se sujeta a ti con sus afiladas zarpas. Entretanto la criatura peluda coge tu pierna y te muerde ferozmente.

—¡Deja de hacer travesuras, Grundoon! —dice una suave voz.

Milagrosamente, la bestia —que sólo es un gran gato anaranjado—, se aparta de tu pierna. Coges en brazos a tuseudodragón, separas las ramas y ves ante ti los ojos de la niña de la posada.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¿No nos has causado bastantes problemas por esta noche? ¡De no ser por ti, ahora estaría durmiendo en una cama abrigada! —protestas.

—Mejor di que podrías estar muerto —responde la niña—. Ayer un hombre extraño, el que estás buscando, pasó por aquí. Hizo prometer a mi amo que impediría que lo siguieran. Ahora debes irte. Ni siquiera aquí estás a salvo. En este mismo instante mi amo te está buscando. Cuando te encuentre te matará.



—¿Por qué querría matarme? Ni siquiera me conoce. Y si me está buscando, ¿cómo es posible que me hayas encontrado tú y no él? ¿Pretendes matarnos? — aprietas el bastón.

—El anciano prometió volver y matar a mi amo si no cumplía sus órdenes. Le bastó una mirada para matar a su perro. Yo te encontré siguiendo tus pensamientos, que eran muy fuertes... y no quiero matarte. En realidad, he venido a rogarte que me lleves contigo. Puedo seguir los pasos del viejo que buscas a través de sus pensamientos. Te seré muy útil. Quiero marcharme de aquí. ¡Por favor, llévame contigo!

[Pasa a la página 92.](#)

De pie ante el Consejo, no puedes dejar de sentir que has fracasado. Si hubiera..., piensas, pero en ese momento el anciano Fazad interrumpe tus divagaciones.

—Tenemos que encontrar a Zed antes de que haga alguna tontería.

—No puedo creer que sea capaz de destruir al mundo —dice el Barón Beta meneando la cabeza.

—No podemos correr el riesgo —declara Fazad—. Morgan, debes buscar a tu tío y traerlo. Si no logras que vuelva, tienes que impedir que cause ningún daño.

—De buena gana, señor, pero no sé cómo hacerlo. Ignoro dónde buscarlo. Si ha de encontrarse con el Dragón Negro, la reunión tendrá lugar en un sitio secreto. No sé dónde está ese sitio, ni se quien puede saberlo. ¿Lo sabéis vosotros?

Las cabezas grises de los miembros del Consejo de los Nueve se mueven negativamente y sólo el silencio responde a tu pregunta; silencio que se prolonga mientras los ancianos intercambian miradas, desesperados.

—Yo lo sé —afirma Hinoki con serenidad.

—¡Tú! —resopla el Barón Beta—. ¿Cómo podrías saberlo?

—Señor, yo soy un dragón. Todos los dragones, grandes o pequeños, conocen el lugar de encuentro.

—¡Dínoslo! —reclama Beta, inclinándose hacia Hinoki.

—No puedo, señor. Sólo le debo lealtad a Morgan. Si él desea acompañarme, lo llevaré, pero aquí no puedo decir cuál es el sitio —comunica elseudodragón.

—Tendríamos que haber aplastado su cascarón cuando todavía estaba en el huevo —murmura otro miembro del Consejo.

—¡Por favor, por favor! No riñáis —ruega Fazad, levantando sus frágiles manos—. Hinoki, si sabes dónde tendrá lugar la reunión, lleva allí a Morgan. No necesitas revelarnos nada a nosotros. Si tienes éxito, magnífico. En caso contrario... sería demasiado tarde para que nosotros hiciéramos algo, aunque conociéramos el lugar de la reunión. Adelante. Haced todo lo que podáis. Os acompañarán nuestras esperanzas y nuestros mejores deseos.

Haces una reverencia y retrocedes hasta la puerta de la cámara, con Hinoki firmemente posado en tu hombro.

—Ya veo por qué tu tío no quiere volver. ¡Son unos chapuceros! —piensa Hinoki en cuanto estáis fuera.

—Hinoki, sólo se trata de unos viejos muy prudentes —respondes.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás deprimido? —piensa Hinoki, frotando su cabeza contra tu oreja.

Como no respondes, estira el cuello y observa tu rostro desde abajo. Tiene un aspecto tan ridículo que a pesar de ti mismo te echas a reír. Abrazas al pequeño dragón, suspiras y dices:

—¡No entiendo por qué tenías que decirles que sabías adónde se dirige Zed! ¿Cómo haremos ahora para salir bien librados de esta misión?

—Es verdad que sé a dónde se dirige —piensa Hinoki, mientras se acicala las escamas plateadas con su pequeña lengua roja.

—¿De veras? ¿No estabas fanfarroneando? —empiezas a dar saltos de alegría.

—Claro que lo sé —responde Hinoki, esforzándose por recuperar el equilibrio—. ¿Me crees capaz de engañarte?

—Una vez me despertaste en medio de la noche para decirme que se acercaba un huracán y yo salí corriendo completamente desnudo.

—Aquello fue una broma.

—¿Y esto? —preguntas.

—No se trata de ninguna broma. Realmente sé a dónde se dirige. Tendrás que tener confianza en mí.

Recuerdas vagamente el dificultoso viaje que hicisteis, excepto las largas y serpenteantes sendas de montaña, y tus músculos cansados y doloridos. Hinoki te vendó los ojos durante la última parte del recorrido y poco después sentiste la húmeda frialdad de lo que debía ser un túnel secreto. Por último, Hinoki te quita la venda.

—¿No es maravilloso? —piensa Hinoki mientras extiende sus pequeñas alas y estira el cuello a la luz del sol.

Parpadeas y echas un vistazo a tu alrededor, confundido.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

—Un lugar que todos los dragones conocemos —contesta Hinoki—. Si un dragón está enfermo, o viejo, o sencillamente quiere un sitio seguro, puede venir aquí. En este lugar los hombres no son bien acogidos.

—¿Entonces qué será de mí? —inquieres presa del pánico, empuñando la daga.

—Hay excepciones, naturalmente. Algunos estamos vinculados a los seres humanos y si te he traído aquí estarás a salvo de cualquier daño a menos que hagas algo que traicione nuestra amistad. En tal caso ninguno de los dos saldría de aquí con vida. Por supuesto, yo sé muy bien que nunca harías algo semejante. Ahora vuelve a guardar esa daga si no quieres que tengamos problemas.

En cierto modo tranquilizado, guardas la daga en su funda y miras de reojo a tu alrededor.

Estás en un campo cubierto de flores y altas hierbas, salpicado de enormes rocas, en cada una de las cuales hay un dragón que toma el sol. Observas nervioso las altas

hierbas, imaginando que un pequeño dragón podría ocultarse fácilmente. Toqueteas la daga, pensativo.

—Mientras actúes honradamente estarás a salvo —apunta Hinoki—. Trata de olvidar que eres un ser humano y de que experimentas una imperiosa necesidad de matar dragones sólo para demostrar que eres valiente.

—¡Pero los dragones son peligrosos! —protestas—. Si no los matáramos, ellos nos matarían a nosotros.

—La mayoría de los dragones sólo quieren que los dejen en paz —afirma Hinoki—. Hace mucho tiempo hombres y dragones convivían en paz, pero el hombre se volvió ambicioso e inventó algo llamado gesta como pretexto para, entre otros, matar a los dragones y arrebatarles sus tesoros. Algo que funciona muy bien para los hombres, pero no para los dragones.

—¿Por qué no dejamos esta discusión para otro momento? Debemos cumplir nuestra misión —propones.

—Probablemente tienes razón —acepta Hinoki malhumorado y ocupa su lugar en tu hombro.

—¿Qué camino tomamos? —inquieres amablemente.

—Todo recto hacia el castillo —responde tu seudodragón.

Aunque no ves ningún castillo inicias la marcha. Tratas de no pensar en los seres terribles que podrían estar ocultos en la maleza. El sendero te lleva hacia una gran roca gris sobre la cual está instalado un enorme dragón con una herida semicurada que le atraviesa un ojo y se extiende a todo lo largo de su cuerpo.

—Buenos días, señor —lo saludas respetuosamente al llegar a la altura de la roca.

El dragón te mira fríamente. Fijas la vista en su ojo empañado y te das cuenta de que está ciego. Saca y mete la lengua constantemente sin dejar de observarte con su ojo bueno, hasta que se vuelve.

—Yo no he dicho que les ibas a resultar simpático —piensa Hinoki—, sino que estarías a buen resguardo solamente.

Miras por última vez al dragón herido y sigues andando hasta que por fin vislumbras a lo lejos un brillo reluciente.

A medida que avanzas el resplandor aumenta y enseguida ves que se trata de un inmenso castillo cubierto de gemas y metales preciosos.

—¿Qué es eso? —preguntas admirado, pero Hinoki no responde.

Suspiras, sabiendo por experiencia que cuando se enfada nada consigue hacerle hablar, hasta que se le pase el enojo.

Finalmente llegas al castillo y asciendes una larga escalera más adecuada para el paso de dragones que de hombres.

En lo alto descubres que hay colocada una inmensa estatua que representa a un dragón de aspecto feroz, con el cuerpo de oro macizo. Varias capas de gemas multicolores representan las escamas. Entre lo que representa los huesos de los flancos destacan finísimos filamentos de oro entrelazados. Todo es brillante excepto

la boca abierta, extrañamente ennegrecida.

Al pie de la estatua, directamente debajo de su enorme cabeza hay un zafiro engastado en la base de oro. Parece un botón. Si lo fuera, ¿para qué servirá? Se lo preguntas a Hinoki, pero éste sigue enojado y no responde.

Detrás del dragón hay un par de puertas arqueadas que seguramente conducen al castillo. Pero la base de la estatua las bloquea, impidiendo el paso. Observas fijamente la estatua, el botón y las puertas durante un largo rato. Debe de ser una prueba. Tendrás que imaginar qué es lo que se espera que hagas. Evidentemente Hinoki no tiene la intención de ayudarte. Deberás pensar y decidir tú solo.

- [Puedes pulsar el botón. Pasa a la página 142.](#)
- [Podrías tratar de pulsar telepáticamente el botón. Pasa a la página 126.](#)
- [Puedes formular un hechizo para atravesar mágicamente el muro. Pasa a la página 108.](#)

Cubierto totalmente por el agua fangosa retrocedes lentamente, empujando a Saffron.

Los pequeños ojos de la enorme cabeza de la hidra te observan malévolos a través de la bruma, inmóviles. Poco después, en el preciso instante en que estás a punto de emprender la retirada, resbalas en una piedra cubierta de barro. Agitas frenéticamente los brazos, pero no logras recuperar el equilibrio y caes en la ciénaga salpicando agua a tu alrededor. Instantáneamente la gran cabeza avanza hacia ti, con sus dientes destelleantes a pesar de la penumbra.

—¡Morgan! —piensa Hinoki—. ¡Hay como mínimo cinco cabezas más! ¡Una de ellas persigue a Saffron! ¡Haz algo... inmediatamente!

[Vuelve a la página 60 y elige otra vez.](#)

—Bien —piensas en voz alta—, parece que el hombre siempre intenta robarte el oro. Por ende, supongo que desde tu punto de vista ésa es la respuesta correcta. Muy bien, eso respondo: la sed de oro.

—¡Error! —grita el dragón y arroja sobre ti una nube de humo negro—. El hombre tiene todo el oro que necesita. Si tiene una pizca de oro, ya es demasiado.

Horrorizado, sientes que te empequeñeces.

—¡Espera! —chillas—. ¡No es justo! ¡No estoy de acuerdo contigo!

—¡Qué pena! —se mofa el dragón—. Te dije que no podías ganar. No tiene la menor importancia lo que pienses. ¡Este es mi juego!

La carcajada del dragón retumba de un lado a otro de la sala del trono. Te das cuenta de que tú e Hinoki estáis atrapados en el interior del gran globo de cristal.

—Coraje, Morgan —piensa Hinoki mientras se arrima a tu cuello—. Ya encontraremos la forma de salir de aquí. Tal vez éste no sea el...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—¿Qué haré, Hinoki? —preguntas desesperado.

—Lo mismo que estás haciendo ahora —responde Hinoki mientras aprieta su pequeño cuerpo plateado contra el tuyo—. Ganar tiempo. ¡Es nuestra única esperanza! Saffron, ¿estás con nosotros?

—Sí —susurra una vocecilla.

Te acercas a la niña aterrorizada, das una palmada en su pequeña y fría mano, y piensas:

—Trata de ser valiente. Haré todo lo que pueda. Confía en mí y, sobre todo, haz lo que te diga.

Saffron fija en los tuyos sus increíbles ojos azules y mueve la cabeza afirmativamente.

La indómita carcajada de Zed quiebra el silencio. Al volverte notas que el cielo está más oscuro. Levantas la cabeza, y a pesar del desagradable viento que de repente se origina, ves una enorme figura que acecha por encima de vuestras cabezas, impidiéndote ver el cielo.

Los rayos iluminan el entorno y observas el rizado mar de lava en los acantilados, que estalla en el borde de la isla y salpica lava ardiente en tus pies.

—¡Ya llega! ¡Ya llega! —grita Zed, enloquecido.

Con una impresionante majestuosidad, el gigantesco Dragón Negro bate sus alas en el cielo azotado por la tempestad y desciende lentamente. Atónito, notas que es más grande que cualquier otro monstruo que hayas conocido o ni siquiera imaginado. Apoya sus enormes patas en el suelo, delante de Zed, y toda la isla parece temblar. A través de una especie de bruma que se forma, puedes ver las impresionantes escamas superpuestas, cada una de ellas tan grande como tu cabeza. Percibes vagamente que algunas escamas han caído, y han dejado al descubierto una piel seca y arrugada. Mellados filamentos se extienden entre los grandes huesos de sus costados.



Levantas la vista para mirarle la cara, donde ves largos y ondeantes zarcillos con vetas grises, que bajan como un reguero de su cresta. Para tu gran sorpresa, los negros ojos moteados de plata parecen reflejar un profundo hastío.

—¿Quién se ha atrevido a decir mi nombre, a pronunciar las palabras largamente olvidadas que convocan al Dragón Negro? ¡Decidlo! —ruge la monumental bestia.

De su nariz chorrea un humo negro extremadamente espeso que lo oculta momentáneamente a tu visión.

—¡Soy yo quien te ha llamado! ¡Yo, Zed, del Consejo de los Nueve, te he convocado!

—¿Y qué quieres de mí? ¡Oh gran Zed del Consejo de los Nueve! —se mofa siniestramente el dragón.

—¡Te he hecho venir para que borres la presencia del hombre de la faz de la Tierra!

—¿Y por qué haría yo algo semejante, Gran Zed? —inquire fríamente el dragón.

—¿Por qué... por qué? —balbucea Zed—. Tú no eres quien para interrogarme. ¡Debes hacer lo que te ordene!

—¿Hacer lo que tú ordenes? ¿Quién eres *tú* para darme órdenes a mí? —sisea el dragón al tiempo que se enrosca pesadamente, exhalando minúsculas llamaradas.

—Está escrito en este libro —replica Zed con voz trémula, por primera vez inseguro mientras pasa rápidamente las páginas.

—¿Y tú esperas que yo obedezca a un libro... a unos garabatos borroneados en un trozo de papel? —vocifera el dragón, escupiendo un ácido que derrite totalmente el libro.

Irguiéndose en toda su altura, Zed se echa la capa sobre los hombros altaneramente y dice:

—¡He pronunciado las palabras mágicas! Te he convocado y ahora te ordeno: ¡destruye a la humanidad! Puedes guardarte todos los tesoros que encuentres. Es un trato justo.

—¿Y tus compañeros? —murmura el dragón, apoyando su enorme hocico sobre las garras, sin quitarte la vista de encima—. ¿También debo obedecer las órdenes que quieran darme ellos?

—Este es Morgan, mi sobrino. Mis deseos son los suyos —dice Zed duramente mientras te dedica una mirada de advertencia.

—¡Que hable por sí mismo! —atruena el dragón; vuelve a mirarte y dice, con tono más suave—: Acércate, joven Morgan. Dime lo que piensas.

Aunque se te doblan las rodillas y crees que no podrás seguir de pie, te acercas al dragón.

—Más cerca —susurra el dragón, sacando su larga lengua bífida—. Mis ojos ya no son jóvenes.

Preguntándote si cada paso que das será el último, te aproximas hasta detenerte a corta distancia de sus enormes garras.

—Más cerca —insiste.

Finalmente te encuentras reflejado directamente en las pupilas de los negros ojos del dragón.

—Siéntate, chico. Hablemos —murmura el dragón envolviéndote en su aliento caliente.

—¿De, de, de, qué quiere que hable? —tartamudeas nervioso.

—¿Compartes con tu tío su odio hacia el mundo? ¿También tú deseas que destruya a toda la humanidad? ¿Quieres que empiece por tu amiguita?

Observas a Saffron, que permanece rígida y aterrorizada al borde del acantilado, abrazando con fuerza a Grundoon. Conservas la calma.

—No, no comparto los sentimientos de mi tío. No tengo nada contra el mundo y jamás se me habría ocurrido convocarte.

—¿Qué habrías hecho conmigo? —susurra el dragón, mientras aparece un amenazador destello rojo en las profundidades de sus ojos.

—Te habría dejado en paz, como merece un dragón de tu categoría. Has servido a la humanidad desde tiempos inmemoriales y considero que ahora sólo debes cuidar de ti.

—Probablemente disfrutaría destruyendo a la humanidad y cosechando nuevos tesoros —dice el dragón.

—Entonces debes hacerlo porque lo eliges y no porque te lo han ordenado. A ti te corresponde decidirlo.

A tus espaldas Zed emite un grito de furia, pero el dragón menea la cola amenazante, y tu tío guarda silencio.

—Eres bastante sensato para ser un chico. Tal vez en mi ausencia el mundo se ha vuelto más inteligente... ¿o has tenido algo que ver tú, primito?

—Lo he intentado. Lo he educado desde su nacimiento —dice Hinoki—. Pero creo que es un muchacho que vale mucho por sí mismo. Y la chica es excepcional, aunque siente un extraño cariño por ese monstruo anaranjado que lleva en sus brazos.

Durante un momento el dragón te examina atentamente. Luego, a la manera de un suave viento que susurra entre las hojas, su mente penetra la tuya y a continuación se retira lentamente.

—Morgan, deseo que retournes al mundo y les transmitas a los hombres un mensaje de Shen, el poderoso Dragón Negro.

—Haré lo que me pidas, gran Shen.

—Hazles saber que ya no estoy a sus órdenes. Diles que he desaparecido de la faz de la tierra y que me he llevado conmigo a la última persona viva que conocía las palabras necesarias para convocarme.

—¡Espera! —grita Zed, pero el dragón lo envuelve con su larga cola y prosigue.

—Esto no significa que jamás reapareceré. Las ansias de maldad seguirán despertándome de mi sueño y volveré a volar sobre vuestro mundo, las montañas temblarán y los cielos llorarán. Toda vez que la destrucción y la muerte recorran la

tierra sabréis que estoy fuera y eso os servirá de advertencia. Luego deberéis tratar de reparar los males producidos por mis iras.

—¿Por qué haces esto? ¡Eres el Dragón Negro! —protesta Zed.

—Soy viejo. He visto mucha muerte y mucha destrucción. Poseo todos los tesoros que un dragón puede desear. Ahora sólo quiero dormir, estar abrigado y soñar con glorias pasadas. Pero si la maldad del mundo supera su bondad, reapareceré para restablecer el equilibrio. Este es mi mensaje. ¿Lo recordarás?

—Sí —respondes con voz débil.

—Bien. Llévate esto —el dragón arranca uno de los largos zarcillos plateados de su cresta y te lo entrega.

Suave y cálido, el zarcillo brilla en tus manos como una cinta de metal pulido.

—Te protegerá contra todos los dragones y socorrerá a mi pequeño primo de ese animal peludo de tu amiga.

—¿Y yo? —pregunta Zed.

—Adiós —dice el dragón, haciendo caso omiso de Zed.

Shen se incorpora, sacude sus enormes alas y se dirige a un extremo de la isla, con Zed firmemente enroscado en su cola.

Tú y Saffron os abrazáis cuando el viento ruge. Por último, las grandes alas lo cubren todo y el dragón alza el vuelo hacia el cielo enrojecido. Sigues con la vista fija hasta que el Dragón Negro y Zed sólo son una pequeña mota en el firmamento y finalmente desaparecen de la vista.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Lo siento, pero eso no es posible. Miseudodragón Hinoki nunca se separa de mí. Además, no te conviene dejarlo en el establo: se comería al resto de los animales.

—¡Eso no es verdad! —protesta Hinoki en tu mente.

—¿Quieres dormir en un establo? —piensas.

—No, Morgan, sigue adelante, pero ten cuidado. Estoy seguro de que este hombre tiene malas intenciones.

—Posadero, llévame a mi habitación. Esta ha sido una larga jornada —dices.

—¿No quiere un poco más de sidra, señor, para conciliar el sueño? —te pregunta el posadero con voz servil.

Habitualmente te gusta la sidra, pero ésta tiene un sabor extraño.

—Gracias, pero creo que no tendré ningún problema para dormirme. Estoy muy fatigado.

—Sígueme, por favor —dice el posadero mientras te conduce pasillo abajo.

—¿No hay luz aquí? —inquieres avanzando a tientas por el oscuro pasillo.

—Hago todo lo posible por guardar unas monedas ahorrando velas de vez en cuando, pero no las necesita, al otro lado de esta puerta se encuentra su habitación. Le deseo muy buenas noches. Nos veremos por la mañana.

Tus manos extendidas tocan el marco de una puerta y buscas a tientas el pomo. La puerta se abre en silencio cuando acercas la mano.

—¡Peligro! —emite Hinoki.

Súbitamente te cubres, esperando un ataque, pero no pasa nada.

—¿Qué... qué ocurre? —preguntas, nervioso.

—Aquí hay algo que no funciona. ¿No sientes esa brisa fría y húmeda, y el olor del aire? ¡Huele como una mazmorra!

Cautamente extiendes la mano... pero no encuentras nada. Sigues explorando hasta palpar muros de piedra cubiertos de musgo.

De pronto oyes pisadas. Rápidamente te abalanzas hacia el sitio de donde proviene el sonido y sujetas el cuerpo de alguien contra el vano de la puerta.

—¡Querías asesinarme! —gruñes.

Oyes un quejido y te das cuenta de que no has atrapado al posadero sino a otra persona. Retrocedes poco a poco del borde, arrastrando contigo al ser desconocido.

—¿Quién eres? —preguntas bruscamente mientras sacudes a la pequeña figura

que tienes sujeta—. Habla. Podría haberte matado y si tu respuesta no me satisface lo haré.

—Me parece muy bien —piensa Hinoki.

—Soy yo, Saffron —dice una voz sumisa que reconoces como la de la niña del comedor—. Vine... vine a ver si seguías con vida y si podía ayudarte.

Sientes que su corazón palpita a través de sus harapos.

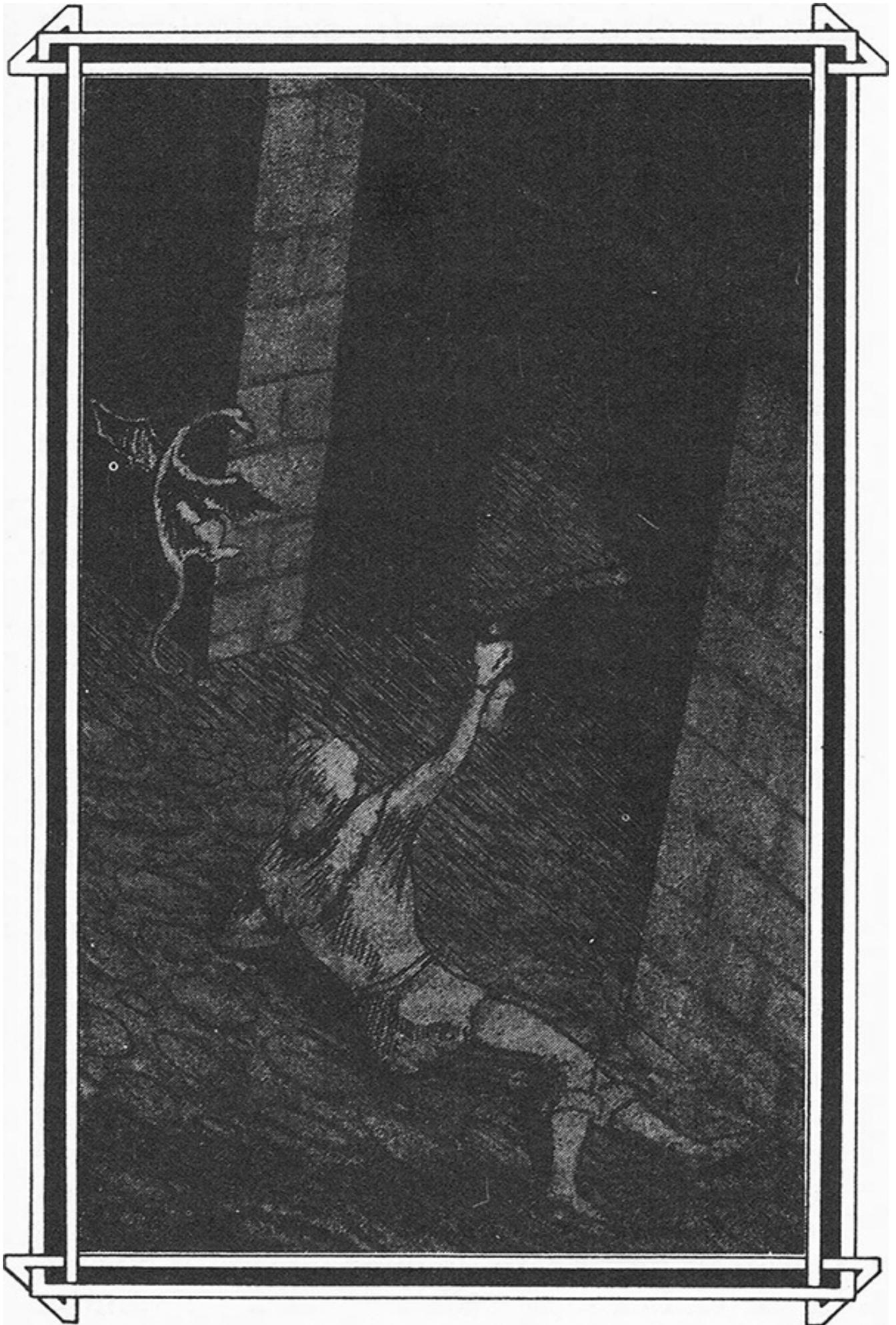
—¿Sabías que intentaría matarme?

—Claro. Por eso quise advertírtelo, pero no me prestaste atención.

Espontáneamente, recuerdas la imagen de la niña meneando su cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué querría matarme?

—Un hombre... un hombre muy extraño pasó ayer por aquí. Ahuyentó a todos los clientes. En cuanto éstos se marcharon dijo a mi amo que, si alguien lo seguía o preguntaba por él, debía impedir que siguieran su camino. Y si mi amo fallaba, el desconocido volvería y le mataría. Mi amo no le creyó y trató de echarlo, pero cuando lo tocó sus manos se llenaron de ampollas, como si las hubiera metido en el fuego. Mi amo se asustó tanto que no discutió más. No es un mal hombre, pero sí un cobarde.



—¿Y tú no tienes miedo?

—Sí, pero no podía permitir que te matara —susurra Saffron.

—¡Tenemos que salir de aquí antes de que vuelva el posadero! —piensa Hinoki.

—Coincido contigo —interviene la niña—. Podemos ir a mi habitación. Nunca pensé que podría desafiarle.

—¿Tú percibes nuestros pensamientos? —preguntas sorprendido.

—Puedo percibir los pensamientos de cualquiera —replica Saffron—, no sólo los vuestros.

—Pero...

—Ahora no, Morgan —te apremia Hinoki—. Busquemos refugio.

Coges a Saffron del brazo y palpas la pared mientras bajáis el pasillo hasta su exigua habitación, contigua a la cocina.

Mientras Saffron enciende una vela oyes un siseo y ves el destello de unos blancos y afilados colmillos. Repentinamente un cuerpo anaranjado atraviesa el aire. El animal que ha saltado emite estridentes bufidos y chillidos. Las agudas garras de Hinoki atraviesan tu hombrera de cuero y se hunden en tu carne. Luego sientes un arañazo al tiempo que un dolor muy frío recorre tu cara.

—¡Grundoon! ¡Basta! ¡No seas malo! —dice Saffron disgustada mientras aparta de tu lado a un enorme gato anaranjado que bufa y da zarpazos.

—¡No seas malo! —repites irónicamente mientras intentas calmar a tuseudodragón, que se sacude violentamente.

—Grundoon no te deseaba ningún mal. Al entrar lo asustamos. Por favor, no te enfades con él. Es mi único amigo —implora Saffron.

Observas al enorme gato, que te devuelve una mirada maliciosa cuando proteges a Hinoki bajo tu brazo y te instalas en la dura cama.

—Tranquilo, Grundoon. No te comerá. ¡Ni ahora ni nunca! —piensa Saffron.

Te sientas, sorprendido. Sabes que otras personas pueden comunicarse telepáticamente conseudodragones, pero jamás habías oído hablar de alguien capaz de hacerlo con un gato. Además, ¿cómo es posible que esta niña pueda percibir y emitir pensamientos?

[Pasa a la página 92.](#)

—Es muy sencillo —dice Saffron, la niña de la posada, al notar tu sorpresa—. No soy bruja ni nada por el estilo. Todo se lo debo a este medallón —se quita del cuello una cadena con una pequeña medalla en forma de gato con alas—. Mi padre era buhonero ambulante. Compraba, vendía, cambiaba y a veces robaba. Me dio este medallón para que lo ayudara en sus planes... robar caballos y ganado, por ejemplo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntas.

—Ha muerto. Lo encontraron con seis vacas ajenas, y lo colgaron. A mí me entregaron al posadero para que me criara a cambio de trabajo.

—¿Y por qué te has quedado aquí hasta ahora? —inquiérese Hinoki.

—Porque no tengo a dónde ir.

Observas el diminuto medallón que cuelga del extremo de la delgada cadena.

—Saffron, ¿me venderías tu medallón? Hinoki y yo tenemos que cumplir una misión peligrosa y ese medallón podría salvarnos la vida.



—¡No puedo! —suspira Saffron mientras cierra protectoramente su mano en

torno al medallón—. Es todo lo que me queda de mi padre.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —piensa Hinoki. Al ver tu reacción de asombro, el exaltado pseudodragón prosigue—: Para, Morgan. Déjame terminar. Saffron, esta misión podría afectar a toda la humanidad. Si no colaboras con nosotros, para ti la vida podría ser mucho peor. ¡Dime que sí, por favor!

—No daría un solo paso sin Grundoon —afirma Saffron.

—¿Ese antropófago? —piensas—. ¡Nunca!

Los tres seguís discutiendo durante horas. Grundoon está en el regazo de Saffron, ronroneando suavemente y enseñando sus colmillos, mientras te observa con suspicacia, de vez en cuando. Por último, cedes. Saffron y Grundoon se unirán a vosotros.

El amanecer os encuentra a muchos kilómetros de la posada, siguiendo el rastro de Zed.

—¿Qué haremos ahora? —preguntas mientras contemplas preocupado el camino que se bifurca. ¿Por dónde vamos?

Te sientas al pie de un árbol y te concentras, Hinoki también.

Aunque te esfuerzas al máximo no logras descubrir a tu tío en ninguno de los dos caminos.

—Inténtalo tú, Saffron —la invitas, ignorando a Grundoon, que se revuelca dichoso en la hierba.

Saffron se lleva el medallón a la frente, cierra los ojos y se concentra.

—Nada —dice—. No recibo nada.

—Entonces tendremos que adivinarlo —propone Hinoki—. ¿A dónde conducen estos caminos, Saffron?

—El de la izquierda lleva al Monte Forlorn. El de la derecha va a la Gran Ciénaga. Ambos son muy peligrosos y están plagados de monstruos que vagabundean, pero tenemos que decidirnos por uno de los dos.

- [Si quieres seguir el camino que lleva al Monte Forlorn, pasa a la página 112.](#)
- [Si prefieres dirigirte a la Gran Ciénaga, pasa a la página 133.](#)

Abres la puerta en la que se lee «entrada» y ves un túnel perfilado por un suave destello. Aleteas vacilante, te elevas y entras suavemente en la boca del túnel. No descubres nada que te parezca peligroso. Lo único extraño es una leve corriente de aire que fluye a tu alrededor, erizándote las alas.

—Hinoki, ¿por qué no exploramos este túnel? A mí no me parece peligroso.

—No sé qué decirte, Morgan. Aquí hay algo extraño. Algo que no encaja. No sé qué es, pero me molesta.

—A mí me parece mejor que las otras opciones y sopla una agradable y fresca brisa. Eso tiene que significar que conduce a alguna parte. Creo que debemos seguir este camino —sin esperar su respuesta, te adentras en el túnel.

—De acuerdo, Morgan. Estoy contigo —piensa Hinoki—. Espero que no tengamos que lamentarlo.

Al principio todo va bien. Más adelante el túnel empieza a curvarse suavemente y la corriente de aire se hace más intensa. A medida que giras comprendes que ya no se trata de una brisa sino de un fuerte viento. Te resulta difícil mantener el vuelo.

—Morgan, tengo dificultades para volar —piensa Hinoki.

Miras a tuseudragón y ves que retrocede aleteando ¡ha perdido el control!

—¡Ya voy, Hinoki!

Pones en acción todos los músculos de tus alas, pero no logras nada. Derivas hacia la derecha hasta que también tú quedas atrapado por el vendaval que te lanza cabeza abajo detrás de Hinoki.

—¡Socorro! ¡Hinoki! ¡Yo tampoco puedo hacer nada! ¡Me domina el viento!

El temporal es cada vez más fuerte. Hinoki y tú avanzáis dando volteretas. De repente el viento empieza a ascender, girando cada vez a mayor velocidad como si fuera un huracán, arrastrándoos.

Súbitamente chocas con algo tan duro que te quita el aliento. Haces un esfuerzo por ver contra qué has topado, pero, aunque sientes su contacto, no puedes ver nada.

El viento sigue empujándote hasta hacerte perder todas tus fuerzas. Finalmente se oye un espantoso estruendo. Hinoki y tú sois arrojados fuera del túnel.

[Pasa a la página 148.](#)

—Utilizaré el Anillo de los Deseos, de mi tío Zed —dices mientras aflojas la correa de cuero que cierra la pequeña bolsa que te encomendó el Consejo.

—No, Morgan, es muy peligroso. Es demasiado poderoso para que tú lo uses, e ignoramos qué puede ocurrir. Podría matarte —argumenta Hinoki.

—Esa hidra no está pensando precisamente en mi salud —replicas al tiempo que te pones el anillo.

El anillo se desliza holgadamente en tu dedo, pero ante tus asombrados ojos, mientras te preguntas cómo usarlo, empieza a encogerse hasta encajar perfectamente. Lo tocas con los dedos de la mano derecha, señalas a la hidra y gritas:

—¡Deseo que desaparezcas para siempre!

Un segundo después de haber fijado la mirada en los fríos ojos del temible monstruo, éste desaparece.

—¿A dónde fue, Morgan? —quiere saber Saffron.

—Ni lo sé ni me interesa, mientras no reaparezca.

—Por suerte el anillo funcionó y no nos ocurrió nada irreparable —interviene Hinoki—. Nunca se está seguro con un objeto tan poderoso. Algunos anillos de este tipo sólo conceden tres deseos. Acabas de consumir uno. No sabemos si quedan otros. Si en el futuro tenemos dificultades no podremos contar con el anillo.

—El futuro todavía pertenece al futuro —declaras mientras te quitas el anillo y vuelves a guardarlo en la bolsa—. Me alegro de que estemos vivos y podamos pensar en el futuro. Vamos, sigamos adelante antes de que el hermano mayor de la hidra venga a buscarla.

[Pasa a la página 32.](#)

A regañadientes avanzas hasta un pequeño tonel de oro desbordante de perlas y diamantes. Te mueves con suma cautela, apoyando primero un pie y luego el otro, preparado para retroceder si aparece una trampa.

A medida que avanzas tienes la impresión de caminar en un ángulo ligeramente descendente. Vuelves la vista y confirmas tu impresión de que el suelo está levemente inclinado. Una tenue sensación de desasosiego te persuade de que debes volver, pero aparentemente no es posible. La inclinación parece aumentar a medida que avanzas y cuanto más avanzas más te inclinas.

Te aprietas contra el suelo y te debates desesperado, tratando de retroceder. Tus esfuerzos son en vano.

Oyes una especie de retumbo, como el chirrido de una máquina engranada y todo el suelo se inclina a un lado sumiéndote en la más profunda oscuridad.

Agitas los brazos frenéticamente y caes.

Comprendes que tienes que hacer algo de inmediato si deseas conservar la vida.

- Si decides utilizar un hechizo de vuelo, pasa a la página 26.
- Si resuelves usar el Anillo de los Deseos para que te salgan alas, pasa a la página 45.

—¿A qué distancia se encuentra el establo? —preguntas.

—Al otro lado de la colina, a unos ochocientos metros de distancia —responde el posadero.

—Es demasiado lejos, Morgan —piensa Hinoki—. No podremos comunicarnos mentalmente si estamos a tanta distancia el uno del otro.

Intentas pensar, pero tienes la sensación de que tu cabeza está llena de arena. No respondes.

Percibes los pensamientos de Hinoki cuando te dejas caer somnoliento sobre la mesa. Haces un esfuerzo por contestarle, pero te vence el sueño y te quedas profundamente dormido.

Hinoki te observa con disgusto, salta al hombro de la silenciosa niña y ambos abandonan la posada.

Poco después sientes que el posadero te sacude. Tambaleante te levantas, y te apoyas en él.

Te preguntas confusamente qué ocurre con tus pies. También te preguntas por qué tienes tantas dificultades para bajar la escalera que da al oscuro, húmedo y sucio sótano. ¿Sótano?

Abres la boca para preguntarle al posadero por qué estás en un sótano, pero no puedes emitir ningún sonido y tus manos extendidas sólo encuentran frías paredes de piedra.

La oscuridad te rodea por los cuatro costados cuando caes al suelo. Hundiendo tu dolorida cabeza en el pecho, comprendes que te han drogado.

Quizás Hinoki tenía razón. Tal vez tu tío te tendió una trampa para evitar que lo detuvieras.

Aunque estás muy débil intentas comunicarte con Hinoki, pero no lo consigues.

—Quizá por la mañana... —murmuras casi para tus adentros—. Quizá por la ma...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Una vez más alzas el vuelo, pero ahora todo ha cambiado. Estás bien alimentado y, mejor aún, tienes un plan.

Vuelas en medio de la oscuridad a través de serpenteantes pasillos. Giras en un último recodo y entras en la habitación más impresionante que hayas visto en tu vida. De pura piedra negra, las paredes se elevan sobre suaves arcos hasta un alto techo abovedado. La estancia es tan alta que casi no puedes ver dónde termina. La roca negra centellea como si tuviera vida interior.

El suelo de la sala está cubierto por tesoros que se amontonan hasta en los lugares más distantes. En el centro, brotando de una pequeña montaña de oro y gemas se alza un inmenso trono negro.

—¿De... de quién es ese trono? —tartamudeas, pasmado.

—Del Gran Dragón, por supuesto —contesta Pearl—. Tendría que estar aquí. Siempre sabe cuándo llega alguien.

De repente el aire empieza a vibrar, y se oye un extraño zumbido. Levantas la vista y ves descender a una inmensa figura. El aire silba a tu alrededor; sujetas firmemente a Hinoki y te acercas a la reconfortante corpulencia de Pearl.

El Gran Dragón se enrosca en su trono y Pearl dando unos pasos al frente hace una larga y vehemente reverencia.

—¡Oh, Gran Dragón! —exclama—. Me hace feliz verte. ¿Qué pasa en Dragón Land? Este niño humano me ha contado cosas horribles sobre el fin de la vida en el planeta a manos de una siniestra criatura. ¿Qué podemos hacer? ¡Tenemos que protegernos de Zed!

Pearl te señala, cuando estás mirando la profundidad de los acerados ojos del Gran Dragón.

—Ven, pequeño humano. Quiero verte más de cerca —dice con su voz profunda. Temblando de miedo, avanzas.

—Cuéntame lo que le has explicado a Pearl —atruena el Gran Dragón.

Le hablas del Consejo de los Nueve, de tu misión, de tus viajes, y de todo lo que hasta ese momento te ha ocurrido.

—Sí —musita el Gran Dragón—. Sabía que algo andaba mal, pero ignoraba de qué se trataba exactamente. Ahora lo sé.

—¡Pero ahora es demasiado tarde! —cacarea una voz malignar de las penumbras

sale tu tío Zed—. ¡Es demasiado tarde para ti y para todos los de tu especie! Os ahorraré el suplicio de morir lentamente. ¡Os mataré a todos de un único golpe!

Con sus ojos plateados destelleantes de ira, el Gran Dragón echa la cabeza hacia atrás y exhala un imponente chorro de vapor caliente. Zed levanta el dedo meñique y el vapor rebota sin hacerle daño alguno, después el vapor se disipa.

El Gran Dragón sopla colérico y exhala una bocanada de llamas. También las llamas chocan con la barrera invisible que protege a Zed y retroceden.

—¡No puedes hacerme daño! —se jacta Zed—. Soy demasiado poderoso. Sólo hay uno que podría matarme y hasta ése tiene que hacer lo que yo le ordeno.

De pronto el aire se resquebraja a tu alrededor y la sala se llena de rayos. Al levantar la vista ves otro dragón, mucho más grande que el Gran Dragón, cayendo a plomo en tu dirección.

—¡Por fin! —grita Zed por encima de los terribles vientos que azotan la sala—. ¡Gran Shen, Dragón Negro, te ordeno que mates a todos estos! ¡Son mis enemigos!

Instantáneamente el dragón plateado se eleva de su trono para ir al encuentro de Shen y chocan en el aire.

Colmillos, llamas y garras se debaten en el aire. Contienes la respiración. Estás asustado y aprietas a Hinoki con tanta fuerza que éste se retuerce. Por momentos parece que el Dragón Negro ganará el combate, pero un instante después tienes la impresión de que vencerá el Gran Dragón.

La sangre que mana de los dragones heridos cae en forma de enormes gotas, agujereando todo lo que toca. Zed danza y ríe delirante. Pearl llora con grandes lágrimas y oculta su cabeza bajo un ala.

—¡Tenemos que hacer algo, Hinoki! —exclamas.

—Intentemos comunicarnos con ellos, Morgan. Dudo de que nos perciban o que nuestra intervención sirva para algo, pero podemos intentarlo.

Zed ríe como un lunático cuando vosotros dos unís vuestras mentes, os concentráis profundamente y proyectáis vuestros pensamientos hacia los grandes dragones que combaten en el aire.

—¡Cesad de combatir! —transmites, con la esperanza de que tu mensaje llegue a los dragones—. Vosotros dos no sois enemigos. ¿Por qué lucháis? ¿Porque os lo dice un insignificante ser humano?

Se produce una breve tregua. Te concentras aún más y sigues proyectando pensamientos pacifistas.

Cuando empiezas a desesperar, el dragón plateado se suelta de las garras del Dragón Negro y desciende en círculos hasta su trono.

Con los ijares palpitantes y el cuerpo manando sangre, el dragón plateado jadea:

—Tienes razón. No tengo ningún conflicto con el poderoso Shen. Baja, hermano. Hablemos.

—¡No! —chilla Zed—. ¡Shen, mávalo!

El Dragón Negro desciende lentamente y contemplas las graves heridas que ha

sufrido. También notas, por primera vez, que es muy viejo. Tiene los dientes despuntados por la edad, las garras dobladas y rotas, y le faltan muchas escamas.

El Dragón Negro desciende lentamente, aterriza y te mira fijamente.

—Tus palabras son dignas de encomio, joven humano. Supongo que mi primo pequeño te ha enseñado y transmitido tanta sabiduría. ¿Qué quieres que hagamos?

—¡Mátalo! ¡No le prestes atención! —grita Zed—. ¡Te lo he ordenado y estás obligado a obedecer mis órdenes!

—¡Yo no obedezco a hombre alguno! —ruge el Dragón Negro—. Verdad es que has pronunciado las palabras adecuadas para convocarme, pero los dragones no somos títeres de los hombres. ¡Yo, Shen, el Dragón Negro, decido mi propio destino!

—Pero... —empieza a decir Zed.

El Dragón Negro estira su cola, envuelve a Zed y grita con voz atronadora:

—¡Silencio! —luego se dirige a ti—. Habla, joven humano.

Cuentas rápidamente tu historia. De vez en cuando Zed intenta interrumpir, pero cada vez que lo hace el Dragón Negro aprieta su cola enroscada y Zed no tiene más alternativa que callarse.

Cuando concluyes tu relato los dos grandes dragones te observan atentamente y crees detectar una mirada de aprobación en sus ojos.

—Temía que la bondad, la inocencia, el coraje y el amor hubiesen desaparecido del mundo —recita el Dragón Negro—. Estaba dispuesto a hacer lo que este hombre me ordenaba, pero ahora comprendo que me había equivocado —se vuelve hacia el dragón plateado—. Me disculpo por las heridas que te he causado. Mis acciones iban desorientadas. Te ruego que me perdones.

—Esta será una historia para contar a mis nietos —replica sonriente el dragón plateado—. Pero ¿qué haremos con este ser maligno? —el Gran Dragón señala a Zed.

Shen levanta a Zed y lo mira a los ojos, colérico.

—Podría matarlo, ya que está tan ansioso de sembrar la muerte.

—Eso sería demasiado fácil —opina el dragón plateado—. Tengo otro plan que podría ser más adecuado.

Hace un gesto hacia un gran globo de cristal negro que está junto a su trono. En el interior de sus profundidades gira y gira una bruma negra. De vez en cuando notas que algo revolotea junto al cristal, como si fuera un pez en una pecera.

—Este globo me ha resultado útil para retener a quienes son tan tontos como para tratar de robar mis tesoros —dice el dragón plateado—. Me encanta meter ladrones dentro.

—¡Excelente idea! —atruena el Dragón Negro mientras le entrega a Zed. Ante tus atónitos ojos, Zed se encoge hasta adquirir el tamaño de una uña.

Ambos dragones se asoman al globo y durante un segundo ves a tu tío, con la boca abierta en un mudo grito de rabia, flotando en su interior.

—Y ahora tú —dice el Gran Dragón Negro.

Retrocedes aterrorizado hasta que te das cuenta de que sólo pretende entregarte

una de las escamas que perdió durante el combate. De color negro y brillante y casi tan grande como tú, la escama irradia poder.

—Toma esta escama y úsala como escudo. Te protegerá de cualquier daño. Expresa el placer que siento al ver que merece la pena salvar a la humanidad.

—Y yo te ofrezco esta prueba de mi aprecio —el dragón plateado te entrega una garra curva de color plata, también perdida en medio de la batalla—. Ponle una empuñadura y tendrás la daga más hermosa de la tierra. Devolverá cualquier golpe y te advertirá de la presencia de enemigos. Ahora mi primo y yo tenemos que hablar. Pearl regresará contigo. Que nuestros augurios os protejan.

Pearl se eleva en el aire. Tú e Hinoki os alejáis saludando con la mano hasta que el Dragón Negro y el Gran Dragón plateado son lejanas y diminutas figuras.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—¿Por qué no habré estudiado mejor mis hechizos? —musitas.

Después de pensar intensamente unos minutos, recuerdas el hechizo para atravesar muros. Cruzas los dedos y pronuncias las palabras mágicas.

Repentinamente empiezan a ocurrir cosas extrañas. Sientes una sensación de mareo en la boca del estómago y tu cuerpo parece estallar en millones de diminutas partículas que derivan hacia el muro. Te estremeces al acercarte a las imponentes piedras, pero tu cuerpo flota y las atraviesas. Tienes la impresión de estar nadando en el barro y estás próximo a sucumbir presa del pánico cuando decides respirar.

Te esfuerzas por conservar la calma y sigues avanzando lentamente. Al poco tiempo te encuentras al otro lado del muro, parado sobre terreno sólido en el interior del castillo. Respiras hondo cuando los millones de partículas recuperan tu forma.

—Lo has hecho muy bien, Morgan. Estoy orgulloso de ti —dice Hinoki mientras vuelve a adquirir forma y reaparece en tu hombro—. Recuerdo muy bien que aquel día dormiste durante toda la clase. Temí que no recordaras las palabras.

Reconoces que Hinoki dice la verdad. Aquel día estabas dormido. Pero afortunadamente las palabras quedaron grabadas en tu memoria.



Pasa a la página 21.

Ruedas y te arrastras torpemente, vas dando traspiés hasta la fogata, arrastrando las enredaderas. Te echas hacia atrás y aterrizas en el fuego, con el túmulo rastrero bajo tu cuerpo. Hueles un terrible hedor a materia putrefacta y chamuscada y el túmulo se aprieta contra ti. Más y más enredaderas se enroscan a tu alrededor hasta que apenas puedes respirar.

—¡Socorro! ¡Haz algo! ¡Esto no funciona! —gritas desesperado.

[Vuelve a la página 55 y alije otra vez.](#)

Debatiéndote contra la terrible fuerza de la corriente de aire, despliegas tus alas, que en un instante se golpean entre sí. Gruñes y luchas contra la fuerza del viento, pero todo es inútil.

Giras y giras tratando de separar tus alas, te escapas de la corriente principal de aire y te encuentras en otra menos turbulenta, que te arroja a un costado del túnel.

Extiendes los brazos y las piernas contra la superficie rocosa, sujetándote para poder salvar la vida. Cuando Hinoki pasa cerca, lo coges separándolo de la corriente de aire. Aunque su cuerpo es muy ligero, es lo suficiente para hacerte perder el equilibrio. Durante un aterrador instante te balanceas sobre el negro abismo. Tus esfuerzos son recompensados. Recuperas el equilibrio y ambos os sujetáis precariamente a la pared.

—Creí que todo había terminado —piensa Hinoki, nervioso.

[Pasa a la página 56.](#)

Mientras os internáis con dificultad en las inhóspitas montañas, piensas si lograrás encontrar a tu tío. Es indudable que no puede ser tan terrible como creen Hinoki y Saffron. Seguro que se trata de un error.

—No es ningún error —dice Saffron—. En ningún momento dejó de sonreír para sus adentros y pensaba algo con respecto a un dragón.

A primera hora de la tarde habéis llegado a la cima de un pico alto. Te rodea un paisaje desolado y desapacible. Un enorme vacío se extiende en todas las direcciones. No ves señales de que Zed haya estado allí. Hinoki asciende en el aire con las alas extendidas y aspira las violentas corrientes. Comunicáis vuestras mentes, pero nada se mueve bajo vuestra mirada común, salvo algunos pájaros y pequeños animales. Con ayuda de su medallón, también Saffron orienta su mente a los cuatro vientos, con la esperanza de captar, aunque sólo sea una leve insinuación de pensamiento.

—Lo lamento —dice—. En una cueva no muy distante duerme un orco cuyos sueños son bastante sanguinarios, eso es todo lo que percibo.

Evidentemente habéis escogido el camino que no correspondía. Debes volver sobre tus pasos y dirigirte a la Gran Ciénaga.

[Pasa a la página 133.](#)

—No me gusta ninguna de tus opciones. Mi respuesta es el amor —dices.

—¡Eso no está en ninguna de las alternativas! —ruge el dragón—. ¡No acepto tu respuesta!

—¡Pues yo no acepto tus opciones! —gritas enfurecido—. Además, lo que he dicho es verdad. Piensa en el amor de una madre por su hijo. Piensa en todos los actos de valor realizados por los seres humanos en nombre del amor.

—No sé nada de semejantes actos —replica fríamente el dragón—. ¿Quieres poner a prueba tus convicciones? Si ganas, te ayudaré en tu misión. Si pierdes, morirás.

—Naturalmente. Sé que digo la verdad. Accedo a hacer la prueba. ¿En qué consiste?

—Encerraré a uno de vosotros dos en el globo de cristal. El encarcelamiento será... ¡eterno! Debes decidir cuál de los dos será encerrado.

Atónito, vacilas. Si escoges la libertad de Hinoki, es posible que el dragón cumpla su palabra y te ayude. Si no lo hace, podrías quedar atrapado para siempre en el globo.

—Hinoki, ¿qué debo hacer? —piensas.

—Lo que consideres mejor, Morgan. Sé que elegirás correctamente —responde Hinoki.

- [Si decides salvarte y que Hinoki quede preso en el globo, pasa a la página 117.](#)
- [Si decides salvar a Hinoki y dejarte encerrar en el globo, pasa a la página 153.](#)

—Te ayudaremos —dices—. Saffron, dame tus manos. Verás lo que haremos...

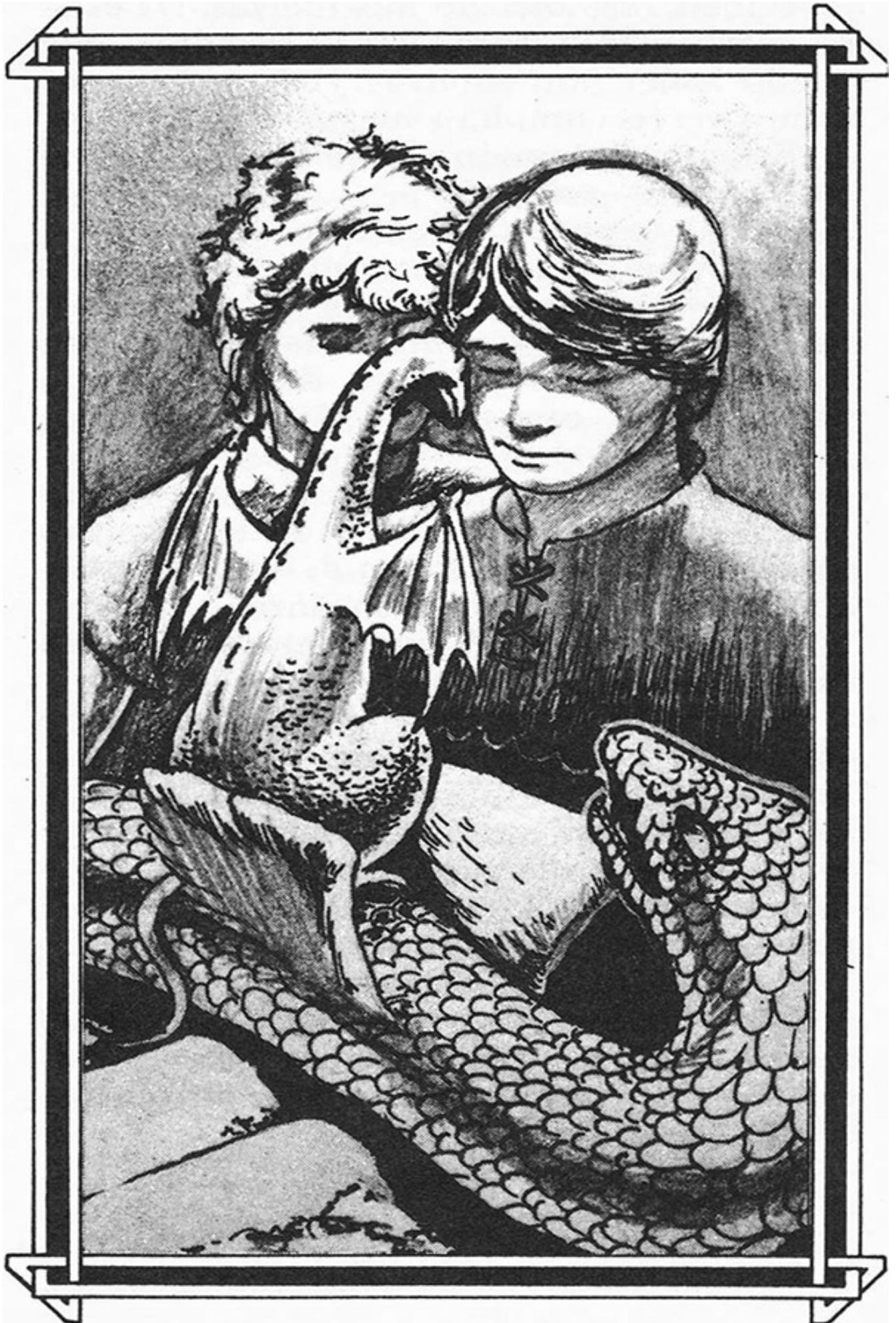
Minutos más tarde estáis listos. Tú te has sentado en el barro junto a Saffron, con la coalt tendida sobre vuestros regazos. Sus escamas otrora plateadas ahora son de color gris opaco. Tiene los ojos cerrados y su respiración es desigual.

Algo nervioso, Hinoki salta de tu hombro y se posa en el lomo de la serpiente emplumada. Tú y Saffron formáis un círculo alrededor de Hinoki, con las manos apoyadas en la coalt. Acercáis vuestras cabezas a la de Hinoki.

—Saffron, piensa en cielos azules y serenos, en nubes flotantes. Todo es muy tibio y te sientes muy bien —dices en voz baja—. Estás llena de poderosos pensamientos. Puedes hacer cualquier cosa que disponga tu mente. Ahora las escamas de nuestra amiga coalt se calientan al contacto de nuestras manos, acariciadas por nuestro amor. Nuestros pensamientos penetrarán su cuerpo y le transmitirán cariño. La coalt se está curando. Nuestros deseos fluyen a través de su cuerpo, curando todos sus males.

Te concentras como nunca lo habías hecho. Sientes fluir tu mente a través del cuerpo de la coalt. Estás acostumbrado a que la mente de Hinoki se funda con la tuya, pero la presencia de Saffron te confiere un poder desconocido.

Cuando abres los ojos la coalt se agita. Bajas la vista y ves que ahora sus escamas relucen, sus plumas son semejantes a un trémulo arco iris. Sus ojos rebosan de salud; mientras saca y mueve la lengua parece sonreír.



—Habéis restablecido mis fuerzas. Os estaré eternamente agradecida. Decidme qué puedo hacer por vosotros y si está en mis manos veréis cumplido vuestro deseo.

—Estamos buscando al hombre que te atacó. Es mi tío —aclaras.

La coalt te observa atentamente.

—Eres muy distinto de tu tío —comenta.

—No lo conozco —reconoces—. Pero en otros tiempos fue un gran mago, famoso por su bondad. Estamos tratando de encontrarlo para llevarlo otra vez al Consejo de los Nueve.

—No queda nada bueno en él —dice la serpiente—. No obstante, puedo decirte cuál es su destino. Se dirige al Fin del Mundo. Desde allí piensa ejercer su venganza.

—¿Fin del Mundo? —preguntas—. ¿Qué es eso?

—Se cree que está en el extremo del orbe —responde la coalt—, un lugar muy extraño. Yo misma no me aventuro nunca por allí. Está lleno de volcanes y nieblas turbulentas. El sol nunca brilla y los monstruos deambulan libremente. No es un lugar aconsejable para gente buena como vosotros.

—Pero debemos ir allí —afirmas.

—Pediré ayuda —dice la coalt—. No creo que debáis ir allí, pero si no podéis evitarlo buscaré ayuda y os seguiré lo más pronto posible.

[Pasa a la página 53.](#)

—El Consejo de los Nueve me ha encomendado una misión y debo cumplirla, siguiendo mi camino. Pero amo a Hinoki y no permitiré que le hagas esto.

Sin tener una idea clara de lo que harás, te abalanzas hacia el Gran Dragón.

En realidad, apenas te has acercado al trono cuando una nube de humo negro te rodea y notas que te encoges... Después eres levantado y colocado en el interior del globo negro.

Desde allí espías los movimientos del Gran Dragón, que sostiene a Hinoki en equilibrio sobre una de sus garras plateadas, y le oyes decir:

—Estuvo a punto de convencerme a pesar mío.

Golpeas desesperado el negro cristal.

—No te preocupes, Morgan —piensa Hinoki—. ¡De alguna manera te sacaré!

Mientras el humo negro oscurece a los dragones apartándolos de tu campo de visión, abrigas la esperanza de que éste no sea el...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Con gran curiosidad observas el entorno. La isla es más grande de lo que parecía a primera vista. De negra piedra lisa en su totalidad, no parece albergar ninguna forma de vida.

—¿Dónde está Zed? —pregunta Saffron—. Pensé que lo encontraríamos aquí.

—Ignoro dónde está, pero la isla es mucho más grande de lo que parece. Tal vez haya algo que no alcanzamos a ver. Hinoki, ocúpate del lado derecho. Saffron y yo nos dedicaremos a recorrer el izquierdo. Avísame en cuanto veas algo. Saffron, por si estuviera oculto, nos convendría que practicaras una exploración extrasensorial.

—Morgan, si no te parece mal sacaré al gato de la mochila. Se está volviendo loco y de todos modos aquí no puede hacerle daño a nadie.

—De acuerdo —dices a regañadientes.

Saffron abre la mochila y saca al enfurecido Grundoon. Notas, con gran sorpresa, que en lugar de atacarte o de hacer algo igualmente dañino, se echa a los pies de su ama y empieza a lamerse como si nada hubiera ocurrido.

—Vamos, Saffron. Mientras avanzamos, utiliza tu amuleto para ver si captas algún pensamiento.

Camináis por los bordes de la vítrea isla negra sin descubrir nada. Los bordes caen a pico en el océano de lava, que choca contra las paredes desnudas. Arriba no hay nada, salvo el firmamento cubierto de densas nubes que reflejan el enfurecido mar morado.

—Morgan, con el amuleto no detecto nada. No creo que aquí haya nadie más que nosotros. Las paredes son tan escarpadas que resulta evidente que allí abajo no podría esconderse nadie. Grundoon, ¿qué haces? ¡Basta, estúpido minino!

Grundoon está situado muy cerca de tus pies, con el lomo ostensiblemente arqueado y los pelos de punta. Da unos pocos pasos, gruñe desde las profundidades de su garganta y bufa amenazador.

—¿Qué le ocurre ahora a tu delirante gato? —refunfuñas cuando Grundoon se aprieta firmemente contra tu pierna.

—No sé —responde Saffron—. Por lo general sólo hace esto cuando está muy asustado. Pero no he visto nada extraño por aquí.

—¡Qué tonto he sido! —gritas y te das una palmada en la frente—. Saffron, el hecho de que no veamos algo no significa que no exista. Zed es un mago de alto

nivel. Podría ocultarse con diversos hechizos y nunca seríamos capaces de detectarlo.

—¿Quieres decir que podría estar a un metro de distancia sin que lo supiéramos?
—susurra Saffron.

—Claro... pero no tienes por qué susurrar. Estoy seguro de que no está tan cerca. ¡Grundoon, deja de fastidiarme! —exclamas, impaciente, al tiempo que lo empujas con el pie.

Aunque no es esa tu intención, Grundoon vuela por el aire y choca con algo en pleno vuelo. Lanza un horrible maullido, saca sus largas uñas y se retuerce para caer sobre las cuatro patas.

De la nada surge un quejido y una maldición. Ante tus asombrados ojos una mano coge a Grundoon del pescuezo...

Observas en silencio a la menuda figura arrugada que echa chispas de ira por los ojos. Finalmente, preguntas:

—¿Tío Zed?

—No soy tío de nadie —chilla el anciano—. ¡Para mí no significas nada!

—Pero tú significas mucho para mí —dices con tono respetuoso. Rápidamente informas a tu tío de la misión que te ha llevado allí—. Largo tiempo he pensado en ti —añades—. De pequeño eras la luz que me guiaba. Nunca me cansé de oír los relatos de tus maravillosas hazañas. Siempre anhelé ser un mago tan grandioso como tú.

—¿De qué me sirven la bondad y la luz? Sólo los débiles las necesitan. Lo único poderoso, lo único que importa en la vida, es el mal. He empeñado mi vida en servir al mal y ahora cosecharé la recompensa. Si en verdad eres mi sobrino, te ofrezco la oportunidad de unirme a mí. Sólo nosotros sobreviviremos cuando el resto del mundo perezca. Si no estás de mi parte serás mi enemigo y, por consiguiente, morirás con el resto de la humanidad. ¿Qué respondes?

Miras a tu alrededor, mareado. Saffron está helada y aprieta a Grundoon contra su pecho. Sus rizos pelirrojos rodean su asustado rostro y el cielo se refleja en sus claros ojos azules bajo la extraña luz de la isla.

—¿Y Saffron? —gritas por encima del estrépito del viento creciente.

—La chica no importa. Nadie interesa. Morirá con los demás. Tienes que tomar una decisión inmediatamente. Estoy esperando tu respuesta. Se acerca la hora. ¡Se aproxima el Dragón Negro!



Ahora el cielo está plagado de relámpagos y las nubes se agitan enloquecidas, despidiendo un brillo anaranjado, amarillo y verde. Oyes al pie de los acantilados el choque de la lava contra los peñascos negros. El viento entona un lamento fúnebre.

—¡Decídetes! —grita tu tío.

- —Lo haré, gritas. ¡Uniré mi destino al tuyo! Si ésta es tu decisión, pasa a la página 52.
- —No puedo hacer lo que me pides ni puedo creer que alguien odie tanto al mundo. Aún no es demasiado tarde para que cambies de idea y regreses conmigo. Si decides decirle esto a tu tío, pasa a la página 131.
- —Me gustaría hacer lo que me pides, dices con la intención de ganar tiempo, pero estoy confundido. ¿Puedo consultar a mi seudodragón? Si ésta es tu elección, pasa a la página 79.

—¡Posadero, pasaré la noche aquí y no discutamos más! Ahora tráeme algo de comer y de beber.

El posadero contrae el rostro, pero inclina la cabeza y desaparece en la cocina. Te instalas delante del hogar y notas que la niña te contempla fijamente con sus grandes ojos azules.

Estudias la estancia para disimular el hecho de que su mirada te perturba. Un vistazo de vez en cuando te indica que sigue de pie en el umbral de la puerta. Sus increíbles ojos azules se llenan de lágrimas y expresan decepción.

Estas muy incómodo. La mirada de la niña te lleva a preguntarte si has hecho bien quedándote. Ni siquiera la conoces, pero sientes que de alguna manera te interesa.

- [Si resuelves cambiar de idea y largarte, pasa a la página 68.](#)
- [Si te mantienes en tus trece pasando por alto la mirada de la niña, pasa a la página 28.](#)

Cierras los ojos con firmeza ante el horror que te rodea y te esfuerzas por recordar las palabras del hechizo de tu viejo libro de texto. Concentrado en las palabras las pronuncias en voz alta. Al instante sientes el pensamiento de Hinoki y el de Saffron a medida que sus mentes penetran en la tuya. El hechizo mana de tu mente y parece estallar a tu alrededor. Poco a poco las enredaderas te liberan y ruedas libremente por el suelo, ansioso por recuperar el aliento.

—¡Vete, túmulo rastrero, no vuelvas nunca más! —susurras roncamente.

Sin emitir ningún sonido, la pila de vegetación putrefacta se hunde en la ciénaga y desaparece.

—¿Estás bien, Morgan? —pregunta Hinoki al tiempo que se posa en tu pecho y te observa atentamente el rostro—. Yo... estaba muy preocupado.

—Seguramente no más que yo, viejo amigo —dices mientras te incorporas lentamente.

Una atenta exploración del campamento pone de relieve que no hay más peligros y finalmente tu pequeña partida se dispone a pasar una noche serena en la ciénaga.

[Pasa a la página 58.](#)

—¿Estás seguro de que no olvidarás lo que debes hacer? —se inquieta Hinoki.

—Estoy seguro. No te preocupes —respondes mientras sacas tu saco, pero no estás tan seguro en realidad.

Rápidamente el andavientos se lanza en tu dirección, inspirando aire con el que llena sus enormes mejillas. Con la misma rapidez retrocedes hasta un rincón de la sala.

Pones los pulgares en el cuello del saco y esperas tenso mientras el andavientos termina de llenar sus mejillas. Inmediatamente sopla sobre ti una racha de aire helado. Doblas las rodillas, pronuncias las palabras mágicas del *hechizo del salto* y de un brinco estás en el aire.

Has calculado el salto con gran precisión y la ráfaga helada oculta tu escapada. Cuando empiezas a descender abres en su totalidad el saco. Sujeto a tus hombros, Hinoki trata de guiar tu descenso.

Hasta ese momento el andavientos no ha logrado localizarte. Se arrodilla donde te vio por última vez y empieza a hurgar la pila de tesoros. Finalmente levanta la cabeza. Su rostro demuestra confusión cuando te divisa, y empieza a llenar sus mejillas una vez más. Pero es demasiado tarde.

Con un grito te dejas caer, encerrando a la sorprendida criatura en el saco, mientras te debates para mantener el equilibrio lo atas. Triunfante, das saltos de alegría.

—¡Lo logramos, Hinoki, lo logramos!

—Así es, Morgan.

[Pasa a la página 61.](#)

Te concentras intensamente, empezando por los dedos de los pies y haciendo subir lentamente toda tu energía. Después la reúnes mentalmente y, centrando toda tu atención en el botón, le lanzas una fuerte corriente de energía pura.

El rayo invisible chisporrotea al chocar con el botón. Luego, tal como sospechabas, sale una gran lengua de fuego de la boca de la estatua, ennegreciendo el lugar donde estabas parado un momento antes.

Te sientes muy complacido contigo mismo cuando las puertas del castillo se abren de par en par. En el último peldaño aparece una figura con colmillos que baja la mirada para observarte.

—Supongo que creíste que entrarías sólo porque resolviste la trampa —gruñe.

—Yo... realmente abrigaba la esperanza de entrar —tartamudeas—. ¿No es posible?

—¿No es posible? —te imita el hombre-lagarto portero—. No, no es posible. ¿No sabes leer? —se hace a un lado y señala un pequeño cartel sujeto a la puerta, que reza: «Prohibida la entrada a seres humanos»—. Los de tu especie no son bien recibidos aquí —vocifera amenazador el hombre-lagarto, echando chispas por sus parpadeantes y perversos ojos—. ¡Márchate!

Sin darte tiempo a responder, el portero entra en el castillo con la intención de cerrar la puerta.

—¡No! —atruena una voz débil, aunque dominante.

El hombre-lagarto se queda helado. Comprendes, asombrado, que la voz pertenece a Hinoki.



—Soy yo quien quiere entrar en el castillo —prosigue tuseudragón—. No prestes atención a este humano.

—Disculpe, señor. No había notado su presencia —lloriquea el portero—. Sólo soy un humilde hombre-lagarto. Por supuesto usted puede entrar, pero él tendrá que quedarse fuera. ¿No quiere atarlo a un árbol?

—Estás empezando a fastidiarme —refunfuña Hinoki—. Llévame ante tu superior.

—Señor, me arrancarán las escamas si dejas entrar a otro humano —gime el hombre-lagarto—. Un viejo llamado Zed me obligó a dejarlo pasar hace dos días y ha provocado terribles problemas. ¡Si no lo cogemos los dragones me mandarían al desierto!

—¿Zed ha pasado por aquí? —exclamas—. ¡Tienes que dejarnos entrar! Puedo ayudarte. Mi misión consiste en llevarlo de regreso ante el Consejo de los Nueve.

—¿Dices la verdad? —pregunta el hombre-lagarto, con sus ojos destelleantes a causa de la emoción—. ¿Es cierto que puedes librarme de él?

—Esa es nuestra misión... misión que, permíteme recordarte, no podemos cumplir mientras nos tengas esperando aquí fuera —dice Hinoki con arrogancia.

—Entrad, por favor —el hombre-lagarto se hace a un lado y con un gesto os indica que paséis—. Pero recuerda —gruñe cuando pasas a su lado—, que si fracasas y me envían al desierto me vengaré.

[Pasa a la página 21.](#)

El túmulo rastrero se aproxima cada vez más, envolviéndote con mayor firmeza entre sus enredaderas. Te resulta difícil respirar y todo a tu alrededor huele a vegetales podridos. Ahora el limo chorrea por tu ropa y te empapa, cubriendo tu cuerpo con una fétida pegajosidad.

—¡Aguanta! ¡Lo acuchillaré! —grita Saffron mientras hunde la hoja hacia abajo—. ¡No ha servido de nada! ¡Ni siquiera le ha molestado!

—¡De prisa! ¡Haz algo! —resuellas desesperado cuando un túmulo rastrero se enrosca en tu cuello y empieza a apretar.

—¡Morgan! ¡Ha cogido mi cuchillo! —chilla Saffron.

[Vuelve a la página 55 y elige otra vez.](#)

A1 abrir la puerta te sientes empujado hacia adelante y hacia abajo. Una fuerte racha de viento te succiona a través del vano de la puerta, sumiéndote en la penumbra.

Luchas frenéticamente por sujetarte de las rocas que bordean el túnel, pero es en vano, el viento sigue empujándote hacia abajo. Cada vez más abajo.

—¡En buen lío nos has metido! —protesta Hinoki cuando los dos tropezáis y caéis cada vez más rápido, casi rozando los afilados salientes rocosos.

—¡No, espera! ¡Lo había olvidado! ¡Tengo alas! ¡Y tú también! Si las extendemos podremos frenar.

—¡Ni lo intentes! —piensa Hinoki—. Estamos demasiado cerca de las paredes. Si extendemos las alas, se desgarrarán.

- —¡Pero tenemos que hacer algo!, gritas, si de cualquier manera hemos de morir, nada importa. ¡Intentemos volar! Pasa a la página 111.
- —Cógete de una de esas rocas, exclama Hinoki, bajaremos hasta encontrar una salida. Pasa a la página 56.

Zed abre la boca y un espantoso sonido seco brota de sus delgados labios. ¡Sorprendido, comprendes que está riendo!

—¡Imbécil! —bufa Zed sin el menor humor—. ¿Qué puedes ofrecer que sea comparable a lo que ganaré con el Dragón Negro?

—Te ofrezco amor, comprensión y el respeto del prójimo.

—¡Ja, ja! ¿Y todo eso a mí qué me importa? Son cosas a las que renuncié hace mucho tiempo, en mis primeros años de exilio. ¿Dónde estaban cuando los necesitaba aquellos que dicen interesarse por mí?

—Tío, siempre hubo gente preocupada por ti. Mi madre, tu hermana, murió pronunciando tu nombre. Nunca has sido olvidado.

—Ya no me importa nada de tu mundo ni de sus habitantes. Pero los pocos que sobrevivan después de la llegada de mi dragón tendrán motivos para recordarme. ¡Mi nombre se convertirá en leyenda!

—¡Tu nombre será odiado! ¡El mundo entero te maldecirá! —gritas por encima del ruido del viento, que se lleva tus palabras.

Tu tío hace caso omiso de tus esfuerzos, eleva las manos hacia el cielo azotado por los rayos y ríe como un enajenado al distinguir una enorme figura que cubre el firmamento.

El Dragón Negro está prácticamente sobre ti. Si quieres aprovechar tu última oportunidad de sobrevivir, vuelve a la página 122 y elige de nuevo.

Con los pies firmemente apoyados en el suelo, te pones el anillo de oro en el dedo y señalas hacia todos los rincones. Ante tus asombrados ojos el anillo, que es enorme para ti, se encoge hasta ceñirse a tu dedo.

—Oh mágico Anillo de los Deseos —entonas, nervioso—, te ruego que me digas si hay trampillas en esta cámara.

Simultáneamente una voz misteriosa dice sí mientras Hinoki piensa:

—¡No! Tienes que ser más concreto. Acabas de desperdiciar un deseo.

—Lo siento —murmuras—. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo ignoro —piensa Hinoki—. Lo único que sé con certeza es que por aquí hay una trampilla. Podríamos correr el riesgo de volver a utilizar el anillo, aunque probablemente nos convenga reservarlo para cuando sea absolutamente indispensable. Algunos de estos anillos sólo tienen tres deseos y otros tienen más. Quizá tu tío utilizó más de uno antes de que nos lo entregaran.

—Me parece que no debemos volver a usarlo. Probablemente se pondrá furioso cuando se entere de que nos hemos atrevido a utilizarlo una vez. Al fin y al cabo, le pertenece.

—Entonces supongo que nos conviene probar otro sistema —piensa Hinoki.

[Vuelve a la página 21 y elige de nuevo.](#)

Lóbregas aguas pardas, fango movedizo y altas cañas cubiertas por nubes de mosquitos zumbones se extienden sobre la Gran Ciénaga.

—¡Nunca encontraremos la forma de atravesar este embrollo! —exclamas, colérico.

—Lo lograremos. Yo solía venir aquí todos los días a juntar bulbos de loto —dice Saffron mientras sé interna confiadamente en la ciénaga—. No te preocupes. Conozco el camino.

Apartas las altas malezas con tu bastón. De alguna manera no te parece correcto que tú, un mago graduado y casi adulto, debas ser guiado por una cría y su gato salvaje. ¡Qué fastidio!

—Morgan —piensa Hinoki—, el sabio acepta ayuda cuando la necesita, venga de donde venga.

—¡Y yo no soy ninguna cría! —declara indignada Saffron—. Si crees que eres tan maravilloso, señor mago casi adulto, ¿por qué no nos guiaste?

—¿No puedo pensar nada sin que vosotros dos me saltéis encima? ¡Sólo falta que Grundoon me diga qué debo hacer! ¿Y qué tiene de difícil ser guía? ¡Apuesto a que yo lo haría estupendamente!

Abriéndote camino al frente, te desvías en otra dirección.

—¡Morgan! —piensa Hinoki, pero no le haces caso.

Saffron te sigue a regañadientes. Durante todo el día pasáis de un montículo de barro a otro, hasta que te ves forzado a reconocer que estás completamente perdido.

—¿Qué haré ahora? —piensas al tiempo que te dejas caer en una mata de hierbas.



—Podrías venir a rescatarme —percibes algo desconocido en tu mente.

—¡Oh, no! ¡Otro! —te llevas las manos a tu dolorida cabeza.

—Viene de allí, a la derecha —comenta Hinoki mientras extiende las alas y las bate en sentido ascendente—. ¡Ven enseguida, Morgan!

Te incorporas, avanzas por las espumosas aguas en dirección a Hinoki. Saffron chapotea a tu lado. Al separar una cortina de hierbas pantanosas, ves algo sorprendente. Tumbada en el barro hay una gran serpiente emplumada o coalt. Aunque has oído hablar de ellas, nunca habías visto ninguna. Sabes que son sumamente poderosas, tanto en magia como en fuerza. Es difícil imaginar que una coalt haya sido herida, pero está ante tus propios ojos, desvalida en el barro.

Saffron se acerca a la serpiente emplumada, le rodea el cuerpo con su delgado brazo y le apoya la cabeza en su regazo. Mientras le acaricia las escamas, pregunta:

—¿Quieres decirnos qué te ha ocurrido?

—Es obra de un mago, un mago de mente retorcida —gime la coalt—. Yo estaba patrullando la ciénaga, que forma parte del territorio que protejo, cuando percibí sus pensamientos. Le di el alto, le pregunté por sus propósitos y su destino, como es mi derecho. En lugar de responder me atacó. Yo estaba perpleja —prosigue la serpiente—, pero me protegí y luchamos. Nunca he conocido a nadie que igualara mi fuerza, pero éste la superaba. Finalmente soltó una carcajada, me dio por muerta y se marchó, sabiendo que yo estaba demasiado débil para pedir ayuda o alejarme volando. ¡En mi vida he visto tanta fuerza, ni sentido tanta maldad! Tenéis que ayudarme. Debo evitar que este mago maligno lleve a cabo sus planes. ¡Tiene la intención de provocar un Apocalipsis!

- [Si quieres ayudar a la coalt, pasa a la página 114.](#)
- [Si no estás seguro de poder ayudarla y consideras que deberías seguir buscando a Zed, pasa a la página 67.](#)

Extiendes la mano con la intención de levantar la tapa y súbitamente el cofre desaparece y te encuentras cayendo en un pozo.

—¡Era una trampa de ilusión! —se lamenta Hinoki mientras caéis en el pozo y empezáis a resbalar por una superficie lisa.

Antes de que recuperes el aliento, aterrizas pesadamente en un suelo de brillante mármol negro.

—¡Mira esto! —murmuras mientras observas todo lo que te rodea, asombrado.

En lo alto, muy por encima de tu cabeza, el techo se pierde en la oscuridad. Grandes columnas arqueadas de mármol negro bordean una inmensa sala, tan grande que no alcanzas a ver sus límites. En cada columna hay antorchas con soportes de oro cuyo brillo ilumina todo el lugar en un destello que te deslumbra por su intensidad.

—¡Mira, Hinoki! Es semejante a un millón de espejos. Cada vez que me muevo se mueven todas mis imágenes. ¿De qué material son? ¿Dónde estamos?

—Es ónix negro pulido y labrado —piensa Hinoki—. En cuanto a qué lugar es éste, lo ignoro, aunque el hecho de que todo sea negro me preocupa.

—No todo es negro —dices señalando el suelo, donde hay montones de gemas preciosas, joyería fina, monedas de oro, armaduras... y ¡esqueletos!

—Morgan, incluso hay un artilugio mágico. ¡Es un saco de pertenencias! —exclama Hinoki, entusiasmado.

Siguiendo la mirada de tu pseudodragón, atraviesas los movedizos montones de tesoros y te sitúas detrás del esqueleto de un malogrado combatiente que, en apariencia, era el propietario del artilugio mágico. Después de mentalizarte de que ha muerto hace mucho tiempo y, por tanto, no puede hacerte daño, te inclinas y recoges el saco de pertenencias.

—Se trata de un objeto maravilloso, Morgan —piensa Hinoki—. Tendrías que haber esperado muchos años para obtener uno por tu cuenta.

—Es verdad —dices—, pero no pareció servirle de mucho a este individuo. Y todavía tenemos que encontrar la forma de salir de aquí.

Guardas el saco de pertenencias y en ese momento oyes un extraño y suave silbido. Instantáneamente se te erizan los pelos de la nuca.

—¡Morgan, las antorchas parpadean! —piensa Hinoki.

—Está haciendo frío —piensas mientras oyes cómo aumenta y disminuye el

silbido. Te tapas las orejas para no oír el fantasmal gemido.

—¡Mira, Morgan! —piensa Hinoki.

Levantas la vista y te echas a temblar mientras exhalas un profundo suspiro. Estás aterrorizado por lo que ves. Desde los negros arcos avanza a zancadas en tu dirección una masa en forma de serpiente, de unos cinco metros de altura, que da la impresión de estar compuesta por nubes heladas. Tiene las mejillas hinchadas y sus labios emanan un terrible y frío viento que sopla directamente hacia ti. A medida que atraviesa la sala, el viento cubre todo lo que toca con hielo y nieve.

—Es un andavientos —susurras presa del pánico—. ¿Qué debemos hacer?

—¡Piensa, Morgan! ¿Qué hechizos te quedan que puedan sernos útiles?

—No se me ocurre nada. Todo lo que podría funcionar es como mínimo del quinto nivel y aún no lo he alcanzado.

—¿No puedes usar el saco de pertenencias? —piensa Hinoki mientras se oculta detrás de tu cabeza y espía, nervioso.

—Supongo que sí —respondes—. Es bastante sencillo. Lo intentaré.

De repente el andavientos se detiene, llena a tope sus mejillas y sopla en tu dirección.

Corriendo veloz como el rayo sobre los movedizos montículos de tesoros, te diriges hacia una de las columnas y te ocultas detrás, en el preciso instante en que la ráfaga de aire helado la golpea.

Te frotas las manos frenéticamente tratando de recuperar el calor.

—¡De prisa, Morgan, haz algo! —implora Hinoki—. No sobreviviremos a otra ráfaga.

Te asomas desde detrás de la columna y ves que el andavientos vuelve a llenar sus mejillas.

Sólo tienes una posibilidad: utilizar el saco de pertenencias para atraparlo.

[Pasa a la página 125.](#)

Arremetes contra el monstruo y le asestas un fuerte golpe con tu bastón, que apenas causa efecto en su hocico. La hidra abre sus fauces dejando sus dientes al descubierto y se cierne amenazadora sobre tu cabeza. Desesperado, intentas rechazarla. En un abrir y cerrar de ojos el monstruoso animal baja la cabeza, te arranca el bastón de las manos y lo destroza en miles de astillas.

—¡Socorro! —vocifera Saffron.

De reojo, ves que una de las cabezas del monstruo se eleva en medio de la niebla y aferra con sus dientes el borde de la larga falda de Saffron.

—¡Morgan, haz algo! —piensa Hinoki, mientras sobrevuela valientemente una de las cabezas del monstruo en un intento por distraerlo.

Aprovechando la oportunidad, arrancas una rama seca de un árbol próximo y te lanzas debajo del monstruo. Desesperado hundes el extremo agudo de la rama en la blanda porción inferior de su cuerpo. Tu esperanza se esfuma. La rama golpea un hueso duro y se quiebra. La hidra se inclina rugiendo de ira, te saca del agua y te sacude frenéticamente.

Mientras Hinoki sigue revoloteando impotente, la hidra se vuelve y sale con paso majestuoso hacia las penumbras, llevándote a ti y a Saffron en sus fauces.



El mundo gira a tu alrededor. Comprendes que tu decisión ha sido errónea, con toda probabilidad éste es el...

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Te acercas al pedestal y tocas ligeramente el zafiro con un dedo. Lo notas tibio. Casi caliente. Hinoki piensa:

—No creo que debas apretar ese botón.

Tu seudodragón alza el vuelo y se instala en el ala de la estatua. Tú habrías hecho lo mismo, pero que Hinoki piense lo que debes hacer te enfurece.

—Haré lo que me plazca —piensas.

Apartas la mirada de Hinoki y pulsas el botón. Una densa columna de llamaradas brota de la boca del dragón y desapareces. Hinoki permanece en la estatua durante largo tiempo, llorando apesadumbrado por ti.

—Yo sólo estaba enfadado con él. Sólo quería darle una lección, no quería que muriera —piensa.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Estoy cansado —dices frotándote los músculos doloridos de la pierna—. No nos hemos detenido a dormir ni a comer desde hace más de dos días, desde que empezamos a seguir esta huella hacia el norte.

—Yo no estoy fatigado —piensa Hinoki.

—Claro que no. Desde que salimos de casa has estado posado en mi hombro. Pero yo necesito comer algo y dormir bien una noche, pues de lo contrario no podré seguir adelante. Después continuaremos la búsqueda de mi tío Zed.

—Yo también podría comer algo —piensa Hinoki—. ¿Qué te parece si me adelanto volando y veo qué encuentro?

—De acuerdo —te dejas caer al pie de los árboles.

Apoyas la cabeza contra un árbol añoso y tupido mientras sigues con la mirada al pequeño dragón que se remonta hacia el cielo. En unos segundos, imágenes de copas de árboles distantes y de ondulados campos empiezan a destellar en tu mente. Ves un edificio encalado, con techo de cañas y un cartel mecido por el viento.

—Ese edificio podría ser una posada. Acércate un poco más para que pueda ver de qué se trata —transmites a Hinoki.

—Coincido con... —empieza a pensar Hinoki, pero sus pensamientos se interrumpen.

En el horizonte ves pasar un destello a una velocidad increíble. La arboleda se acerca cada vez más, corren por tu mente ramas y hojas, tan rápido que apenas puedes verlas. Cierras los ojos y te cubres la cara con las manos, aunque sabes que sólo ves lo que está viendo Hinoki y que éste no puede hacerte daño. De repente se oye un chasquido y la imagen se desdibuja.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me hagas eso? ¡Sabes muy bien que me mareo cuando bajas en picado!

—Lo siento, Morgan, lo había olvidado. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que pidiera la cena en la posada y me la comiera?

Discutiendo tranquilamente os encamináis al edificio que viste durante el vuelo de Hinoki.

—Tal vez nuestra suerte esté a punto de cambiar —dices señalando el cartel que muestra un pato asado y una jarra de cerveza, y en el que se lee: viajeros bienvenidos.

Los últimos rayos de poniente iluminan tu camino hasta la puerta de la posada. El

picaporte cede cuando lo tocas y entras en una gran habitación encalada. Pesadas columnas atraviesan el techo bajo y de cada una de ellas cuelgan jarras de cobre, de peltre y de bronce, Un acogedor fuego chisporrotea en el hogar y el agradable aroma a cordero asado inunda la habitación.

—¿Qué desea, señor? —pregunta una voz aguda y nerviosa.

—Ah, estás aquí —dices mientras observas al hombre macilento y ojeroso que de pronto aparece a tu lado—. Quiero una buena cena, una cama para pasar la noche... y cierta información.

—¿Cena? ¿Cama? ¿Información? —repite el posadero, sin dejar de retorcerse las manos nervioso.

—¿Qué le ocurre a este individuo? Se comporta de una manera muy extraña —piensa Hinoki.

—Sí —reiteras—. Una cama para pasar la noche, una buena cena y cierta información. Estoy buscando a mi tío, un hombre muy anciano que se llama Zed. Quizá se ha detenido aquí. Este es el único camino de salida de las montañas hacia el norte y sabemos que es el que él ha tomado.

Antes de que termines la frase el posadero ha empezado a menear decididamente la cabeza de un lado a otro.

—No hay camas. Lo tenemos todo ocupado. Tampoco hay nada de comer. Ni un mendrugo. Y jamás he visto a su tío. Nunca ha estado aquí. Estoy absolutamente seguro. Ahora tendrá que marcharse. Estaba a punto de cerrar.

—¿Qué dices? —gritas, airado—. Por aquí no hay nadie aparte de nosotros y huelo a cordero asado. ¿Y por qué ibas a cerrar si apenas está anocheciendo? En cuanto a marcharme, te informo que ha empezado a llover. Tengo frío, estoy cansado y hambriento. No tengo la menor intención de dormir en un bosque húmedo cuando puedo quedarme aquí.

El posadero sigue retorciéndose las manos con gran nerviosismo. Súbitamente una figura menuda, que apenas le llega al hombro, aparece detrás de él en el umbral de la puerta. Su pequeña cara está cubierta por manchas de hollín y cientos de pecas, y observas que se trata de una niña. Su cabeza es una mata de rizos rojizos con el aspecto de haber sido cortados con un hacha sin filo. Su vestimenta es una mezcla de remiendos de distintos colores y arrugas. Sólo los ojos azules más brillantes que has visto en tu vida la salvan de parecer un saco ambulante, de retales.



—Nos quedaremos a pasar la noche —afirmas.

Sin que el posadero la vea, la niña sacude la cabeza negativamente.

—Lo siento, señor. Debe irse —insiste el posadero.

La niña afirma repetidas veces con la cabeza, sin quitarte los ojos de encima.

—Aparentemente la chica intenta advertirnos algo —piensa Hinoki—. ¿Por qué no le hacemos caso? Dormir en el bosque no nos matará... y aquí ocurre algo extraño.

- Si quieres seguir el consejo de Hinoki y de la niña desconocida, pasa a la página 68.
- Si insistes en quedarte en la posada, pasa a la página 123.

Entras en una gran sala y caes sobre un ancho anaquel. Oyes un sonido apagado y ves dos aberturas del tamaño de tu cabeza en la pared, a tu lado. Se produce un chirrido metálico y unos objetos pardo verdosos del tamaño de melones caen en un recipiente que hay detrás de ti. En cuanto está lleno mana un torrente de líquido azul plateado de la segunda abertura y llena hasta el borde el otro recipiente.

Tu agotamiento vence a tu curiosidad y duermes un rato mientras Hinoki monta guardia.

Al despertar estás entumecido pero descansado.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? —piensas.

—Sospecho que es algún tipo de sala de aprovisionamiento para dragones —piensa Hinoki—. Opino que deberías probar algunas píldoras y un poco de agua para dragones. Te sentirás mejor.

—¿Píldoras para dragones? —preguntas mientras te acercas a los contenedores tambaleando.

Aunque no eres lo bastante alto para asomarte a su interior y te duele demasiado la espalda para volar, trepas laboriosamente por el costado del primer cuenco. Aguijoneado por la idea de comer y beber llegas a lo alto y haces equilibrios en el borde del recipiente. Te inclinas tratando de alcanzar el líquido cristalino, pero no lo logras en ninguna posición.

Firmemente sujeto al borde con ambas manos, descienes hasta que pierdes el equilibrio y caes dentro, salpicándolo todo a tu alrededor.

Abres la boca para gritar, pero se te llena de un líquido dulce y fresco, que sabe vagamente a canela y menta, y es ligeramente más denso que el agua. Tragas y al instante una deliciosa calidez recorre tu cuerpo. Finalmente, fresco y dichoso, sales del cuenco. Vuelas hasta el otro recipiente, te sientas en el borde, coges una de las píldoras y empiezas a comer.

—¡Fabuloso! ¿Qué es esto?

—Sin duda es una mezcla de harina de huesos, sangre seca, hierba, y carbón que limpia los dientes y purifica el aliento —piensa Hinoki—. Píldoras normales y corrientes para dragones... nada extraordinario.

Sientes náuseas, abandonas el resto de la píldora y notas que empiezas a ponerte verde de asco.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Por qué? A mí me gustan —te transmite Hinoki, sonriente.

En ese momento se produce una gran ráfaga de viento. Entra volando en la habitación un enorme dragón gris que aterriza en la plataforma produciendo un ruido sordo.

—¡Oh! ¿Quién eres tú? —inquire la hembra de dragón en voz alta y delicada.

Es evidente que le produces terror. Aunque eres muy pequeño a su lado, se encoge obviamente atemorizada.

—Hola, hermana. No te haremos daño —piensa Hinoki.

La dragona parda vuelve hacia él su afligida mirada. Sus ojos están dominados por la duda.

—Es verdad, no queremos hacerte daño —dices sinceramente—. Si te lo propusieras podrías aplastarme en un abrir y cerrar de ojos. Eres tú mucho más peligrosa para mí que yo para ti. Hemos venido a cumplir una misión y no a hacer daño a los dragones. No tienes nada que temer.

La dragona avanza con cautela y empieza a lamer el agua, sin dejar de mirarte un solo instante. Mientras bebe, sus escamas pasan gradualmente del gris opaco a un plateado brillante con destellos iridiscentes. La cresta y las alas, que antes colgaban en jirones alrededor de su cuerpo, cobran nueva vida.

La dragona bebe dos cuencos llenos del líquido antes de dirigirse al recipiente que contiene las píldoras. No te quita los ojos de encima hasta sentirse satisfecha.

Después empieza a acicalarse con su larga lengua rosa. Entonces Hinoki decide volver a comunicarse con ella.

—¿Quieres decirme por qué estás tan asustada?

La dragona os contempla largamente antes de responder.

—No me interesa compartir nada con los humanos, salvo mis llamaradas. Tampoco me complace encontrar aquí a uno de ellos.

Pero ya que me lo preguntas te lo diré, aun que tengo muy mala opinión de la forma en que eliges tus amistades. Me llamo Pearl. Mi hogar se encuentra en el Monte Smoke, muy lejos de aquí. He venido, como todos los años, a visitar viejos amigos, a escuchar antiguas historias y a relatar nuevas historias. Pero desde mi llegada sólo he percibido el peligro y el miedo. Muchos de mis viejos amigos no han regresado y los pocos que están aquí sólo narran historias de traición y muerte. El Dragón Negro anda suelto por la tierra y todo lo que antes era seguridad ha dejado de serlo. Se dice que el culpable es cierto ser humano. Los presagios no son buenos. El Dragón Negro no teme ni obedece a nadie. Ahora que está suelto, todos padeceremos.

—¿Qué te ha ocurrido a ti, Pearl? ¿Cómo te has herido? —inquire Hinoki.

—Cuando oí los rumores decidí venir directamente a ver al Gran Dragón para preguntarle si eran ciertos. Pero cuando llegué al castillo todo había cambiado. En la entrada me desafiaron y el guardián me quemó gravemente el ala derecha. ¿Por qué en el reino de los dragones un guardián haría daño a una dragona? Una vez al otro

lado de la puerta, caí en una trampa. ¡Una trampa! —chilla Pearl, indignada—. ¿Quién es capaz de instalar una trampa para una dragona en el interior del Castillo del Dragón? Las alas apenas me sostenían tras herirme en la caída. Sabía que aquí estaba la sala de aprovisionamiento y me esforcé en seguir volando. Estuve a punto de no lograrlo.

Se te encoge el corazón al escuchar la triste historia de la dragona.

—Pearl, lo que has oído es verdad. El Dragón Negro ha sido convocado por mi tío, que según parece se ha vuelto loco. Haré todo lo que esté en mis manos para impedirle llevar a cabo su maligno plan, que consiste en llevar al mundo al Apocalipsis.

Pearl retrocede aterrorizada al oír tus palabras. Por último, dice con voz ahogada:

—Tienes que presentarte ante el Gran Dragón. Temo que por grande que sea tu resolución no puedas detenerlo. Pero quizás el Gran Dragón decida ayudarte.

—¿Quién es el Gran Dragón? —preguntas.

Pearl fija su mirada de desaprobación en Hinoki.

—¡No has educado como corresponde a este humano! —lo regaña. Luego te mira a ti y explica de manera didáctica, como si hablara con un crío—: El Gran Dragón rige a todos los dragones de este plano de existencia y de cualquier otro. Él resuelve todas las cuestiones importantes para nuestra especie. Es omnisciente y todopoderoso.

—Creo que ése es nuestro hombre... perdón, quiero decir nuestro dragón. ¿Cómo puedo llegar a él?

—Yo pensaba ir a verlo —responde Pearl—. Si me acompañas te enseñaré el camino.

[Pasa a la página 102.](#)

—No puedo permitir que le hagas eso a Hinoki —declaras con gran valentía—. Sólo ha venido para ayudarme. Hinoki, preséntate ante el Consejo y diles exactamente qué ha ocurrido. Tal vez no sea demasiado tarde para enviar a otro a cumplir la misión. Por favor, Hinoki, nunca me olvides.

—¡Morgan, no hagas eso! —piensa Hinoki tembloroso—. ¡Tiene que haber otra salida! No puedes abandonarme. Me quedaré contigo.

—No, Hinoki. Tienes que presentarte ante el Consejo. Yo debo quedarme. Es nuestra única oportunidad.

Hinoki se cuelga firmemente de tu cuello y por un instante tu decisión titubea. Tus lágrimas se mezclan con las suyas, pero un segundo más tarde lo colocas a los pies del dragón y dices:

—Estoy dispuesto.

El Gran Dragón te observa fríamente.

—¿Es un truco? —pregunta después de una pausa.

—¡No es ningún truco! —dices con firmeza.

—¿De veras eres capaz de hacer esto por un dragón? —resopla el Gran Dragón, sorprendido.

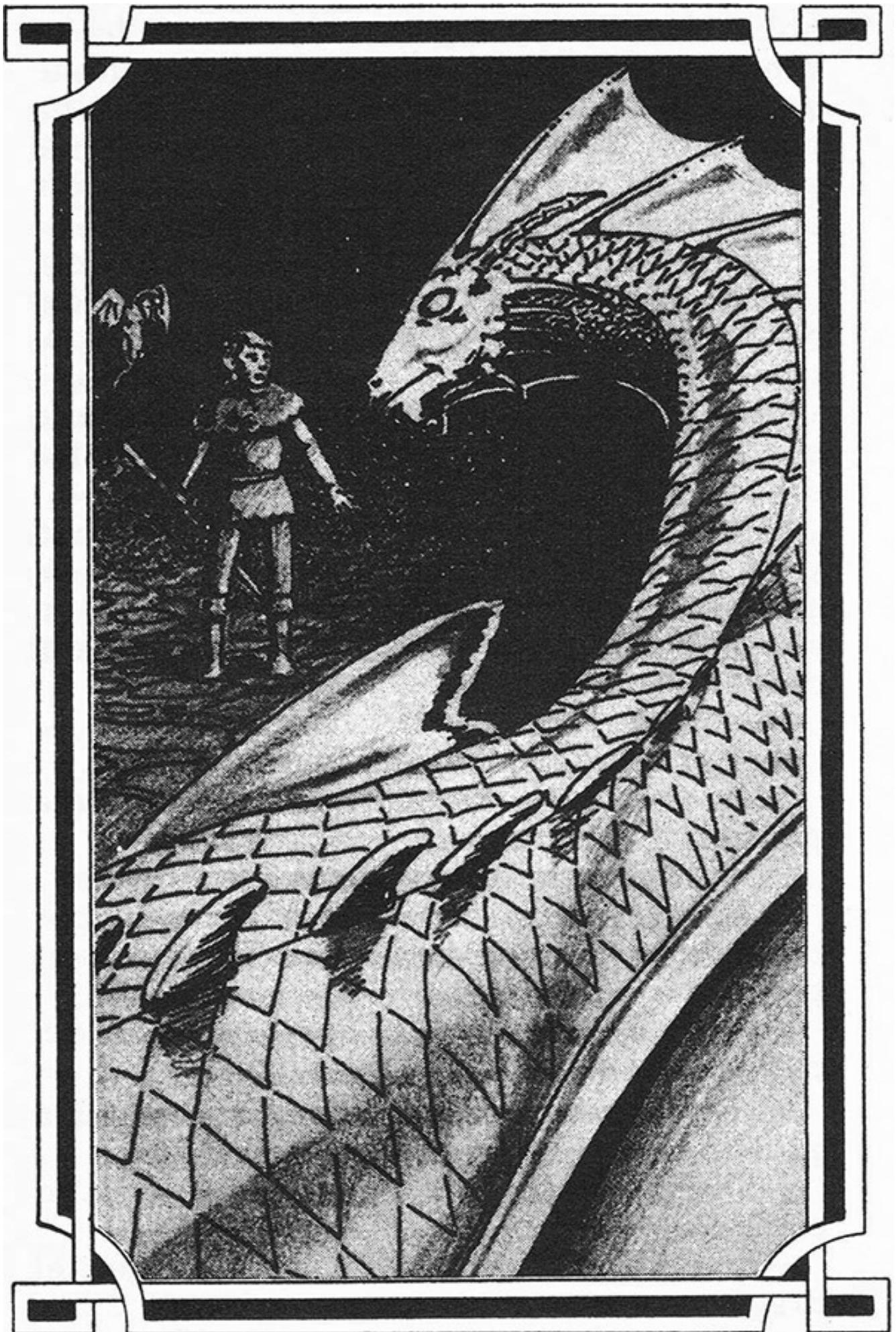
—Acabo de decir que lo haría —replicas decididamente.

—No me parece bien. Nunca nadie había ganado antes —masculla el dragón.

—¿Quieres decir que no me encerrarás en el globo?

—Puedo hacerlo si lo deseas —murmura el dragón.

—¡No! —exclamas, atónito—. ¿Significa esto que he ganado y que nos ayudarás?



—Sé quién es Zed, ese ser perverso —dice el dragón—. Hay que detenerlo. Está quebrando el equilibrio entre el bien y el mal, un equilibrio siempre inestable. Aquí, en el Castillo del Dragón, sólo podemos seguir existiendo si mantenemos el equilibrio. Si dominara el mal, el Castillo del Dragón desaparecería para siempre, llevándose consigo el único refugio seguro para los dragones. Jamás volveríamos a estar a salvo. ¿Qué sabes tú de Zed?

Rápidamente relatas tu historia, ayudado por Hinoki.

—¡El Dragón Negro está aquí! ¡Tenemos que hacer algo antes de que sea demasiado tarde!

—¡Ya es demasiado tarde para detenerme! —tartajea una voz más vieja que la vida en la tierra.

Entre las sombras aparece la figura arrugada de Zed. A pesar de su tamaño parece tener una siniestra aureola de poder a su alrededor.

—¡Demasiado tarde! —repite sonriente—. ¡Ha llegado Shen!

Un violento viento atraviesa la sala y el temor te paraliza. Sujetas a Hinoki con todas tus fuerzas.

El dragón que se instala delante de ti dobla en tamaño al Gran Dragón y es mucho más aterrador. Aunque le faltan muchas escamas y a pesar de sus cicatrices, sus garras rotas y su cresta en jirones, no se atenúa la impresión de poder y majestuosidad que emana.

—¿Por qué has venido? —pregunta el dragón plateado.

—¡Destruye el mundo ahora mismo! —grita Zed—. ¡Elimina a mis enemigos!

La sala parece temblar bajo tus pies. Te precipitas hacia adelante, gritando:

—¡No! ¡No debes hacerlo!

—¡Debes hacer lo que te ordeno! ¡Soy yo quien te ha convocado! —vocifera Zed—. ¡Haz lo que te digo!

—Yo no obedezco a hombre alguno —exclama siniestramente el dragón recién llegado—. Puedes pedirme algo, pero no darme órdenes. Oiré a este chaval. Quizá sus palabras me gusten más que las tuyas. ¡Habla, joven hombre!

—Por favor, señor, no haga lo que él le dice.

El dragón fija su mirada en ti.

—¿Qué pretendes tú de mí, pequeño humano? ¿A quién quieres que mate?

—A nadie, señor. No quiero que mate a nadie.

—Estoy seguro de que habrá alguien a quien te gustaría ver muerto. ¿Qué me dices de tu tío? Sus planes te habrían incluido. ¿No quieres verlo muerto? —dice con voz áspera Shen.

—¡Oh, no! —te horrorizas—. Se supone que debo llevarlo de vuelta ante el Consejo. ¡Es un gran hombre! Ocurre... que estaba furioso, eso es todo.

—No toda la humanidad es tan perversa como este individuo —interviene Hinoki—. Es verdad que en general sólo nos fijamos en los malos, en los codiciosos, y en los que sólo piensan en ellos, pero una gran parte de la humanidad es bondadosa,

Gran Shen. Sería lamentable que el hombre desapareciera de la faz de la tierra sólo porque lo desee un ser malvado.

—Sensatas palabras —acepta el Dragón Negro—. ¿Qué quieres que haga?

—¡Tú sólo tienes que hacer lo que yo te ordene! —grita Zed.

—¡Silencio! —ruge Shen y envuelve a Zed en una nube de vapor. Volviéndose hacia Hinoki, Shen repite—: ¿Qué quieres que haga?

—Yo sólo soy un pequeño dragón —responde Hinoki—, pero no quiero que llegue el Apocalipsis.

—Yo tampoco —suspira Shen—. Estoy harto del hombre y de sus pequeñeces. Dejo el mundo y su destino en vuestras manos. He llevado esta carga demasiado tiempo. Vuelve con los tuyos, pequeño humano, y diles que el Dragón Negro se ha ido... quizá para siempre. El destino del hombre ya no me concierne.

—¿Que será de mí? —tiembla Zed.

—Para ti tengo planes especiales —resuella Shen al tiempo que se levanta lentamente y envuelve a Zed con su cola—. Regresarás conmigo a la cueva del Fin del Mundo. Allí hay tesoros... más tesoros de los que puedes imaginar. Pero de nada te servirán.

Lentamente, con movimientos majestuosos, el poderoso Shen, el Dragón Negro, se eleva lentamente y desaparece del mundo. Jamás volverá a ser visto.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

ÍNDICE DE SERES Y MONSTRUOS

Andavientos. Masa de aire en movimiento, tiene forma similar a una serpiente. Exhala bocanadas de aire frío que recubren con una capa de hielo todo lo que encuentran a su paso. Muy peligroso.

Coalt. Serpiente capacitada para volar. Tiene su cuerpo recubierto de plumas, es sumamente poderosa y muy combativa. Puede transmitir a distancia sus pensamientos a otros seres.

Gran Dragón. Variedad muy peligrosa y malintencionada de dragón carnívoro. Tiene un tamaño superior al de otras especies y se distingue además por su apariencia metálica.

Hidra multicéfala. Serpiente acuática venenosa. Suele hallarse en la orilla de los lagos y ciénagas. Es muy voraz y peligrosa, al igual que otros monstruos quiméricos es prácticamente indestructible.

Hombre-lagarto. Monstruo semiinteligente, de aspecto humano. Tiene cabeza y cola de lagarto, y puede usar armas. Suele apresar a sus víctimas para devorarlas más tarde.

Seudodragón. Dragón enano, pero de aspecto similar a los grandes Dragones Rojos. Tiene la capacidad de comunicarse telepáticamente con otros seres.

Túmulo rastrero. Animal carnívoro y muy voraz. Su aspecto es similar al de un leño por lo que parece un vegetal inofensivo.